

Selección

# TERROR

ADAM SURRAY

# EL CIRCO DEL HORROR


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

328 — Acosada por Satán, *Ralph Barby*.
329 — Entre tinieblas, *Lou Carrigan*.
330 — La noche es de los zombies, *Ralph Barby*.
331 — La casa hecha con sangre, *Clark Carrados*.
332 — La hija del bosque, *Ralph Barby*.

ADAM SURRAY

# EL CIRCO DEL HORROR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 333
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.206 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1979



**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

# CAPITULO PRIMERO

Mickey Dempsey retrocedió unos pasos.

—¿Qué tal estoy, Judith?

La muchacha se reclinó en el sillón. Entornó los ojos, fijos en Mickey Dempsey, simulando dedicarle un minucioso examen.

Chasqueó la lengua a la vez que se incorporaba bordeando la mesa escritorio. Volvió a posar sus ojos en Dempsey.

Un individuo joven. De unos veintiocho o treinta años de edad. Rostro de correctas y varoniles facciones. Complexión atlética. Lucía una elegante chaqueta estilo Blazer, pantalón en franela gris, camisa de ancho cuello y corbata a grandes rayas.

—No puedes ocultarlo, Mickey —rió la muchacha aproximándose a Dempsey—. Se te ve incómodo. Tu vestimenta habitual es similar a la de Starsky y Hutch. No hay más que fijarse en el nudo de la corbata. Mal hecho y ladeado. Déjame arreglarlo...

Las manos de Judith manipularon en el nudo de la corbata.

—Eres maravillosa, nena.

—Mickey...

—¿Si?

—Quita esa mano de ahí.

La diestra de Dempsey siguió jugueteando con el botón superior de la blusa femenina. El brazo izquierdo abarcó la cintura de Judith.

—Tienes un botón mal ajustado.

—¿De veras? Suéltame o te...

Judith no pudo seguir hablando.

Sus labios quedaron aprisionados por los de Dempsey.

Rudamente.

—¡Señorita Hopkins!

Judith dio un respingo separándose con brusquedad para precipitarse hacia el interfono situado sobre la mesa.

Pulsó una de las palancas.

—Diga, señor Wallach.

—Haga pasar al agente Dempsey.

—Sí, señor.

Judith volvió a pulsar la palanca.

Dirigió una furiosa mirada a Dempsey.

—Eres... eres un insolente... un atrevido que...

—La culpa es tuya por ir provocando.

—¿Provocando yo? ¡Ni por todo el oro del mundo intentaría seducirte!

—¿No? Entonces ya puedes abotonarte la blusa.

Judith inclinó la cabeza.

Enrojeció al descubrir los dos botones superiores abiertos.

Mostrando con generosidad los opulentos senos que el sujetador de media copa no llegaba a ocultar.

—¡Eres una rata!... Una...

—Hasta luego, nena — sonrió Dempsey, girando el pomo de la puerta situada a poca distancia de la mesa escritorio.

De la reducida antesala pasó a un espacioso despacho amueblado con severo estilo. Dos grandes sillones de negra piel se enfrentaban a la artística mesa.

—Cierre la puerta y tome asiento, Dempsey.

Mickey Dempsey obedeció.

Se acomodó en uno de los sillones.

Instintivamente tragó saliva.

No esperaba nada bueno de aquella llamada del inspector Norman Wallach. El máximo responsable del Federal Burean of Investigation en el estado de Texas. Con autoridad para castigar a cualquiera de los agentes a sus órdenes. Más de uno había sido trasladado a Alaska por disposición de Wallach.

Y Mickey Dempsey ya estaba advertido de ello.

Dos amonestaciones por indisciplina.

A la tercera...

—¿Un cigarrillo, Dempsey?

—No, gracias.

—Ya. No tiene vicios, ¿eh?

Mickey Dempsey forzó una sonrisa consciente de la marcada ironía de su superior.

—Soy un gran fumador, pero en este momento no...

—¿Conoce el Circo del Horror?

Dempsey parpadeó.

Dirigió una suspicaz mirada a Wallach. No sonreía. Norman Wallach jamás sonreía. De ahí que su rostro, pese a los cincuenta y ocho años de edad, presentara escasas arrugas. Su cabello completamente gris sí acusaba la edad.

—¿Cómo dice, señor?

—Me ha oído perfectamente, Dempsey.

—Sí, por supuesto... El Circo del Horror... No, no, señor... No lo conozco.

—Empezó a funcionar hace poco más de un año. Es la antítesis del clásico circo. Ningún parecido con el Barnum, el de los Ringling Brothers o el Clyde Beaty. En el Circo del Horror no hay risas, música ni alegría. Sobre la pista únicamente el horror más espeluznante. El espectáculo corre a cargo de seres deformes, tullidos, tarados... En las jaulas no lleva osos, leones, elefantes ni demás animales circenses. Su especialidad son las bestias monstruosas que la Naturaleza suele engendrar caprichosamente. También engrosan su zoo los clásicos animales del terror. Tarántulas, serpientes de cascabel, ratas, escorpiones...

—Muy original.

—Cierto. El circo, espectáculo dedicado al mundo infantil, es bajo la dirección de. Doug Weston un desfile de horror que el público adulto difícilmente logra digerir.

—Apuesto a que tiene éxito.

Norman Wallach asintió con una mueca.

Un sucedáneo de sonrisa.

—Sí, Dempsey. Lleno en todas las representaciones. Al público le agradan las emociones fuertes. Aunque luego salga asqueado, pero su morboso instinto queda hartamente saciado. Incluso hay quien vuelve al día siguiente. El Circo del Horror es en verdad algo único. Algo que difícilmente puede borrarse de la mente. Yo presencié el show hace unos tres meses. Aún tengo pesadillas por las noches.

—¿Cuál es el problema, señor?

—De nada ilegal podemos acusar al Circo del Horror; pero desde que empezó a funcionar hemos detectado inquietantes sucesos. Una serie de asesinatos y misteriosas desapariciones que en principio no asociamos con el circo de Doug Weston — el inspector Wallach extendió un mapa de los EE.UU. sobre la mesa—. Acérquese, Dempsey. Estos círculos rojos indican las ciudades donde ha actuado el Circo del Horror. Desde Illinois a Louisiana, pasando por los estados de Missouri, Arkansas, Mississippi... Recorriendo las principales ciudades. El debut fue en Chicago. Tres semanas en la ciudad y poco más de un mes deambulando por Illinois. Coincidiendo con el Circo del Horror fue asesinado el magnate de la imprenta Warren Colman, el fundador de la Colman Company. Pasamos a Missouri. En St. Louis muere horriblemente descuartizado el senador Edward Fisher. Coincidiendo igualmente con la actuación del siniestro circo. Hay cinco círculos rojos con una cruz. Significan cinco muertos. Cinco asesinatos. Todos ellos en la ruta del Circo del Horror.

—Puede tratarse de una simple coincidencia, señor —Mickey Dempsey abarcó con la mirada los cinco círculos rojos señalados con la cruz—. Chicago, St. Louis, Little Rock, Jackson y Nueva Orleáns. Son ciudades donde la violencia está a la orden del día.

—Aún no he terminado, Dempsey. El Departamento de Narcóticos de Mississippi estaba muy satisfecho. Había exterminado a toda la red de tráfico de drogas controlada por la Mafia. Fue un resonante triunfo. Merced a un «soplo» cayeron todos los almacenes de distribución. Se requisaron montañas de drogas. Heroína, morfina, cocaína, metedrina, anfetaminas, barbitúricos... Duras y blandas. Un gran éxito. Con sólo mantener los ojos muy abiertos se tendría limpio el estado de Mississippi por una larga temporada. Todo perfecto hasta la llegada de las caravanas del Circo del Horror. Procedentes de Arkansas.

Terminado su recorrido por el estado dejaron Mississippi nuevamente inundado de droga. Los almacenes de la Mafia otra vez a rebosar. ¿También una coincidencia?

—Es posible que...

—Luego está el asunto de las desapariciones — interrumpió Norman Wallach—. Estos círculos verdes señalados en el mapa. Todos en pequeñas ciudades. Cada uno de ellos significa la desaparición de una mujer.

Dempsey parpadeó.

—Hay más de veinte círculos verdes...

—Treinta y dos — concretó el inspector del F.B.I. —. Treinta y dos mujeres. Todas ellas comprendidas entre los veinte y los veinticinco años de edad. Desaparecieron de sus domicilios sin dejar rastro.

—Y el Circo del Horror también estaba allí.

—En efecto, Dempsey. Asesinatos, drogas, trata de blancas... Tres de los negocios más rentables de la Mafia.

—¿Cómo se llegó a relacionar al Circo del Horror con los sucesos?

—No fue sencillo. Ninguna sospecha teníamos contra el Circo del Horror. Todo empezó en Hawks Hill, Missouri. Hubo una denuncia al sheriff. Una mujer acusó a Doug Weston, como director del Circo del Horror, de rapto. Su hija había desaparecido. La vio intimar con uno de los empleados del circo. Al no regresar a casa en toda la noche denunció la desaparición. El sheriff de Hawks Hill, sus ayudantes y voluntarios registraron minuciosamente el circo. Ni rastro de la muchacha. El circo prosiguió su ruta, pero el sheriff tuvo la magnífica idea de solicitar informes de Doug Weston al F.B.I. En las oficinas centrales del Federal Burean of Investigation de Washington, en rutinario trabajo, se recabó información a las autoridades por donde había actuado el Circo del Horror.

—Y se descubrió el pastel.

—Sí, La simple desaparición de una joven en Hawks Hill, que en la mayoría de los casos se produce por propia voluntad, nos llevó a descubrir otras denuncias de desaparición. Todas muchachas de veinte a veinticinco años. Y todas desaparecieron coincidiendo con la estancia del Circo del Horror. El F.B.I, incrementó entonces investigaciones hasta detectar también... la sospechosa coincidencia de los cinco asesinatos. Cinco personas muy influyentes muertas mientras el circo de Weston actuaba en sus respectivas ciudades.

—¿Un mismo modus operandi?

Norman Wallach se reclinó en el sillón giratorio.

Sus facciones se ensombrecieron.

—No. En principio, dada la categoría económica, social y política de las víctimas, nos inclinamos por el trabajo de un asesino a sueldo. Pronto abandonamos esa hipótesis. ¿Qué asesino profesional descuartiza a su víctima? ¿O le introduce la cabeza en el triturador, de basura? Aquí tiene el dossier de los cinco asesinatos. El senador Edward Fisher descuartizado, Warren Colman con la cabeza triturada y convertida en sanguinolenta pulpa, Curtis Berger destripado y con los intestinos anudados al cuello... Crímenes monstruosos. Alucinantes. Diferentes muertes con el solo denominador

común de lo diabólico y sádico.

—Los asesinos dementes abundan en las grandes ciudades, señor. Producto de la televisión. Puede tratarse de crímenes aislados, sin conexión... Cinco muertos. Cinco asesinos. ¿Alguna de las víctimas tenía relación con Doug Weston o con el circo?

—No, pero...

Dempsey sonrió.

—Disculpe, señor. Lo de la desaparición de muchachas sí puede guardar relación con el Circo del Horror. Treinta y dos casos superan ya toda casualidad, Entramos en el terreno de la lógica sospecha. Al igual que la introducción de droga en Mississippi. Los asesinatos en... —Mickey Dempsey consultó superficialmente el mapa—... Chicago, St. Louis, Little Rock, Jackson y Nueva Orleáns; aunque coincidieran con la permanencia del Circo del Horror, es más problemático. ¿No se ha encontrado ninguna pista?

—Los cinco asesinatos archivados — masculló Wallach, visiblemente irritado—. Cada una de las víctimas contaba con elevado número de enemigos. Rivales financieros o políticos. En el caso del senador Edward Fisher, estaba acosando al clan de Bellocchio.

—La Mafia, los Sindicatos del Crimen, el mundo del hampa... todos ellos tienen sus asesinos a sueldo. Profesionales del crimen que...

—¡Correcto, Dempsey! —Wallach golpeó la mesa con el puño—. ¡Profesionales del Crimen! Fácilmente se puede contratar a un asesino a sueldo. A un profesional. Y también el Federal Bureau of Investigation catalogaría de inmediato al asesino. A la mayoría de ellos los tenemos fichados. Conocemos su forma de actuar, el arma preferida, el modo de apretar el gatillo... Si la Mafia envía a uno de sus asesinos profesionales se delata ella misma. Con la muerte de Curtis Berger, su socio se ha quedado con todo el negocio. Si el asesinato lo hubiera realizado un profesional, de inmediato se sospecharía del socio; ¿pero qué asesino a sueldo se dedica a juguetear con los intestinos de su víctima? ¡Solamente un sádico! ¡Un loco asesino!... Y asunto archivado.

Mickey Dempsey entornó los ojos.

Fijos en su superior.

—¿Insinúa que el Circo del Horror...?

—Esa es la conclusión a que han llegado en Washington. He recibido órdenes del Departamento de Justicia. De la sede central del F.B.I. Han controlado el deambular del Circo del Horror en estas últimas semanas. Sin encontrar nada sospechoso. Nada contrario a la ley. Varios de nuestros agentes, haciéndose pasar por funcionarios de Sanidad, realizaron un meticuloso registro en el circo de Weston. Todo en regla. Nada hemos conseguido.

—Tal vez resulten en verdad ajenos a todo.

—Queremos cerciorarnos de ello, Dempsey. Investigaremos bajo la misma carpa. Esas son las órdenes que he recibido. Le he seleccionado a usted.

—¿Seleccionado?... ¿Para qué, señor?

A los ojos de Norman Wallach asomó un brillo irónico.

—¿Aún no lo ha comprendido, Dempsey? Va a enrolarse en el Circo del Horror.

# CAPÍTULO II

Mickey Dempsey forzó una sonrisa.

—¿Disfrazado de hombre-lobo?

La mirada del inspector Wallach se tornó severa.

—No diga estupideces. El circo de Weston está compuesto por cuatro caravanas, dos trailers y un grupo electrógeno. La plantilla fija, entre artistas y montadores, oscila entre las veinticinco a treinta personas. En cada pueblo o ciudad en que actúa contrata a trabajadores eventuales. De usted depende el quedar fijo en nómina.

—Tal vez pague mejor que el F.B.I.

Norman Wallach arrugó la nariz. Como si algo oliera mal. Terminó por mover lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Me temo que he cometido un error al elegirle, Dempsey. Le parece poco lógica la misión, ¿no es cierto? Inadecuada para el Federal Burean of Investigation. Ajena a los clásicos trabajos del G-Men. Pues bien, Dempsey. ¡El circo de Weston acapara al máximo todo tipo de delitos federales! Tráfico de drogas de un estado a otro, supuestos secuestros, asesinatos... ¿No le parece suficiente?

—Sí, señor.

—Otro de sus comentarios sarcásticos y sufrirá el más duro correctivo de su sucio historial.

—Disculpe, señor; pero ciertamente me resulta... extraño el investigar en un circo ambulante. También el que Washington decida actuar motivado sólo por coincidencias e hipótesis; aunque éstas sean en verdad sospechosas. No hay pruebas de que...

—Le consideraba uno de los agentes más inteligentes de mi departamento, Dempsey — interrumpió Wallach—. Astuto e inteligente. Dos virtudes que difícilmente compensan su falta de disciplina. Si ahora me resulta marcadamente torpe, sus días en el F.B.I, están contados. El agente Dempsey quiere pruebas, ¿eh? Voy a formularle una pregunta sencilla. ¿Quién controla la prostitución organizada en Dallas?

—El clan de Giuseppe Serato.

—¿Seguro?

—Por supuesto, señor. Es un secreto a voces.

—Okay, Dempsey. ¿Por qué no le detiene?

—No tenemos...

Mickey Dempsey se interrumpió.

Sus labios dibujaron una sonrisa.

—No tenemos pruebas, ¿verdad? —Concluyó el inspector—. Nos consta que es Giuseppe Serato, pero no podemos demostrarlo. Con el Circo del Horror ocurre otro tanto.

—No es el mismo caso, señor. En Giuseppe tenemos hechos, con el circo

de Weston nos basamos en coincidencias.

Norman Wallach enrojeció.

Cerró los puños.

En un alarde de autocontrol pareció calmarse. Incluso su mueca-sonrisa resultó casi perfecta.

—Su opinión me tiene sin cuidado, Dempsey. Cumplirá la orden integrándose en el Circo del Horror. Aunque le he narrado superficialmente el asunto, aquí tiene un completo y documentado dossier relacionado con las muchachas desaparecidas y los cinco hombres asesinados —Wallach le tendió una voluminosa carpeta—. Encontrará también amplia información sobre Doug Weston y demás principales componentes del circo.

—¿Algún sospechoso en particular?

Norman Wallach denegó con un movimiento de cabeza.

—La mayoría son pobres desgraciados. Seres anormales. Despojos humanos procedentes de centros psiquiátricos, hospitales y cárceles. Hombres y mujeres castigados físicamente y que Doug Weston utiliza para su espeluznante show. El único digno de mención es el propio Weston. Era un actor de segunda fila. Hace dos años se desplazó con la Lumet Films para rodar una película en el corazón de África. Doug Weston fue con su hijo Ronald. Un joven de unos veinte años de edad. Durante el rodaje, Ronald se extravió en plena selva. Trataron de localizarle. Sin éxito. Transcurridas tres semanas, y finalizado el rodaje, el equipo de la Lumet Films emprendió el regreso a los EE.UU. Sin hacer caso a las súplicas de Weston para que se continuara la búsqueda de su hijo. Doug Weston se quedó en África renunciando con ello a su participación en la película que debía seguir en Nueva York. Con ayuda de las autoridades locales prosiguió la búsqueda de Ronald. Sin resultado positivo. Weston acudió entonces a los guías prohibidos. Uno de ellos se atrevió a conducirle hasta la Selva Roja, la única zona no registrada.

—¿Por qué no?

—Muy peligrosa En fieras y hombres. En la denominada Selva Roja radican los últimos grupos de indígenas contrarios a toda civilización. Pequeñas tribus que mantienen ancestrales costumbres. En uno de esos poblados estaba Ronald. No se le permitió la entrada a Doug Weston, pero el guía tramitó la libertad.

—Un final feliz.

—No del todo, Dempsey. A Ronald Weston le amputaron las manos y le cortaron la lengua. También su mente quedó trastornada. Padre e hijo regresaron a los EE.UU. Doug Weston, al considerable gasto originado por la búsqueda de su hijo, añadió ahora los exámenes médicos en los mejores psiquiátricos. Hasta agotar el último centavo. Sin que la ciencia lograra hacer nada por Ronald. Meses más tarde concebía la idea del Circo del Horror. Puede que se le ocurriera la idea en su triste deambular por los centros psiquiátricos, clínicas particulares, sanatorios para enfermos mentales...

—¿De dónde consiguió el dinero para montar el circo?

—Una buena pregunta, Dempsey. Nos costó dar con la respuesta y acentuó aún más nuestras sospechas hacia el Circo del Horror. Doug Weston consiguió un préstamo de la Agencia Graves & Prevost.

Mickey Dempsey parpadeó.

Sorprendido.

—Esa... ésa es una compañía de capitalización extendida por todo el país. Controlada por la Mafia.

—Correcto, Dempsey. Uno de los negocios... legales de la Mafia. Cierto que cualquier ciudadano honrado puede conseguir un préstamo de Graves & Prevost; pero lógicamente con garantías y seguro aval. Doug Weston nada tenía que ofrecerles; sin embargo recibió una importante cantidad.

—Esto ya es más que una coincidencia.

—Celebro que se digne a compartir nuestra hipótesis— dijo Wallach, con sarcasmo—. El Circo del Horror llegará mañana a Kempsville. Usted ya estará allí para recibirle. La forma de entrar es asunto suyo. Procure no despertar sospechas. Siga al circo, pero manteniéndome informado de cualquier dato de interés. No solicite ayuda de las autoridades locales mientras no sea absolutamente necesario. Nadie debe reconocerle como agente del F.B.I.

—Muy bien, señor.

—Tiene toda la mañana de hoy para estudiar el dossier. Se lo entregará a mí secretaria antes de salir para Kempsville. No guarde en su poder ninguna fotografía ni papel del dossier. Grabe en su mente lo que considere de interés, pero sin llevar nada encima que pueda comprometerle. ¡Ah!, me olvidaba... Ahí encontrará la ficha de una tal Brenda Sharp. No se moleste en leerla. Es de los nuestros.

—¿De los nuestros?

—Una agente del F.B.I. — ante la mueca de Dempsey, añadió —: ¿Qué le ocurre? ¿No es partidario del women-lib? Brenda Sharp es una de nuestros mejores agentes. Lleva cinco días en el circo. No le fue difícil, conseguir trabajo. En Heston City se despidió la muchacha que hacía de partenaire con Chuck Busey. En el número fuerte del programa. «La Bella y la Bestia». Se necesita mucho estómago. Y Brenda lo tiene.

—No comprendo...

Norman Wallach volvió a intentar la sonrisa.

Le salió una sarcástica mueca.

—No tardará en comprenderlo, Dempsey. Colabore con Brenda Sharp. Es necesaria esa mutua ayuda. Uno solo difícilmente podrá resistir todo el horror que encierra ese diabólico circo. Ni tan siquiera un hombre de su temple, Dempsey. Pronto lo comprobará.

# CAPÍTULO III

El Mercury era un viejo modelo de la serie Montego. Con muchas millas en su haber. Falto de pintura y con múltiples defectos en la carrocería. El tapizado de los asientos ya descolorido. Únicamente el motor funcionaba a la perfección.

Un buen auto para los planes de Mickey Dempsey.

Hubiera resultado sospechoso presentarse con su último modelo deportivo de la Chevrolet.

También había cambiado de vestimenta.

Chaquetilla de cuero negra, camisa de franela, pantalón jean y botas de media caña.

El auto ya circulaba por la comarcal de Kempsville.

A menos de una milla de la ciudad.

Kempsville era una localidad próspera merced a su importante producción anual de celemines de trigo. Su emplazamiento, entre Abilene y Dallas, contribuía asimismo al enriquecimiento de la ciudad.

Mickey Dempsey se adentró en Kempsville respaldado por las primeras sombras del atardecer.

Varias salas de cinema, dos teatros, profusión de snacks-bar, discotheques, salas de fiesta...

Dempsey estacionó en el Segal Park.

El centro de la ciudad.

Fue allí donde descubrió los primeros carteles anunciadores del Circo del Horror. Ocupando las más destacadas vallas publicitarias. Dos únicos días de actuación. Se instalaba en el Blyth Center

Mickey Dempsey volvió a introducirse en el Mercury.

Antes de salir de Dallas había memorizado el plano de Kempsville. Sus puntos más importantes. El Blyth Center estaba en las afueras de la ciudad. En el lado norte.

Enfiló hacia aquella zona.

Ahora se percató de que gran parte de la ciudad estaba plagada de los carteles del Circo del Horror.

Ninguna fotografía.

Sólo una relación de las atracciones más terroríficas y espeluznantes: «La Bella y la Bestia», «El hombre— tronco», «Timothy el Pigómelo». Una advertencia final, que era más bien una invitación a la morbosidad, señalaba que el espectáculo era de rigurosa clasificación «X».

Dempsey esbozó una sonrisa.

Si.

El show prometía ser interesante.

La Blyth Avenue era la longitudinal calle que desembocaba en el Blyth Center. En el 877 se emplazaba el Mayflower Hotel.

Mickey Dempsey estacionó frente a la entrada del establecimiento.

Del asiento posterior extrajo una descolorida mochila que cargó a la espalda.

Penetró en el hotel.

Tras el mostrador de recepción un individuo de rostro pecoso y abundante pelo color zanahoria.

Dempsey dejó caer la mochila.

—Hola, hermano. ¿Tiene alguna pocilga disponible?

El conserje alzó la cabeza.

Ofendido.

El Mayflower no era un hotel de lujo. Aunque acoplado en la tercera categoría, todas las habitaciones disponían de cuarto de baño privado y teléfono. Con sistema de calefacción, pero que sólo parecía funcionar en verano.

—Está todo completo, señor.

Dempsey sonrió.

Dirigió una significativa mirada al casillero repleto de llaves.

—¿Cuál es tu nombre, hermano?

—Lukas Smight.

—Eres un mentiroso, Lukas.

—Las habitaciones están reservadas — dijo el llamado Smight, con cara de pocos amigos—. Sus ocupantes llegarán de madrugada. Son parte de los componentes del Circo del Horror.

—Alguna quedará...

—No.

Mickey Dempsey llevó su diestra al bolsillo de la chaquetilla. Extrajo un fajo de billetes. Apartó un «Hamilton» arrojándolo sobre el mostrador.

—Quiero la mejor habitación, Lukas.

El recepcionista se apoderó veloz de los diez dólares.

Sonrió con cinismo.

—Ahora que recuerdo se han producido algunas anulaciones. Está disponible la suite nupcial. La mejor habitación del hotel.

—¿En qué se diferencia de las restantes?

—Tiene televisor.

—¿Televisor en una suite nupcial?

Lukas Smight rió ahora a carcajadas.

—El aparato no funciona. Lleva estropeado algo más de un año.

—Apuesto que ninguna pareja protestó por ello.

—Acertó.

—Olvida la suite nupcial, Lukas. Yo estoy solo.

—Eso tiene fácil solución, señor — la voz del conserje se hizo más confidencial—. Puedo proporcionarle agradable compañía femenina.

—Ciertas cosas prefiero hacerlas personalmente, Lukas.

El individuo enrojeció.

Giró atrapando una llave del casillero.

—Habitación 404. No tiene televisor, pero le gustará —Smight golpeó el timbre situado sobre el mostrador—. ¿Piensa estar muchos días?

—Aún no lo sé.

—Son veinte dólares, señor. Con derecho a plaza en el garaje del hotel.

Mickey Dempsey, después de abonar la mencionada cantidad, firmó en el libro de registro.

Cuando el recepcionista se disponía a golpear nuevamente el timbre, apareció un muchacho uniformado.

—¿De dónde diablos sales, Marty?

—Estaba en...

—¡Acompaña al señor! —interrumpió el conserje, secamente—. Habitación número 404.

El botones parpadeó al tomar la llave.

—¿La 404?

—¡Sí! ¿Ocurre algo, Marty?

El muchacho se encogió de hombros.

Cargó con la mochila conduciendo a Dempsey hacia uno de los elevadores.

Pulsó el botón correspondiente a la cuarta planta.

—No le ha caído simpático a Lukas, señor. ¿Qué le ha hecho?

—Le he dado diez dólares de propina.

Marty agrandó los ojos.

Incrédulo.

—¿De veras? Entonces no comprendo... No debió darle la habitación 404.

Abandonaron la cabina avanzando por el corredor.

La cuarta puerta de la derecha era la señalizada con el número 404.

La habitación era espaciosa. Cama matrimonial con dos mesas de noche y armario a juego. Un sillón, dos butacas y el boudoir completaban el mobiliario. El contiguo cuarto de baño con azulejos azules.

El ventanal a la fachada principal.

—Me parece una buena habitación, Marty. No es el Sheraton Dallas, pero puede pasar.

—La habitación es magnífica, señor. Es otro el problema.

—¿Cuál?

El muchacho dudó.

Como si temiera hablar.

Mickey Dempsey adivinó de inmediato lo que en realidad quería.

Otro «Hamilton».

Marty hizo desaparecer con rapidez el billete.

—Cuando solicite cambiar de habitación puede alegar que la quiere interior. Así no sospechará que le he advertido. Esta es la última planta del edificio. Arriba quedan únicamente las terrazas. Cada piso consta de ocho habitaciones. El Circo del Horror ha reservado siete habitaciones. Les han destinado a esta planta —el joven esperó algún comentario de Dempsey. Al

no recibirlo, añadió —: El director del hotel prefirió reunirles en un mismo piso. Aun a riesgo de que la habitación sobrante, la 404, no sería ocupada.

—¿Por qué no?

Marty volvió a agrandar los ojos.

—¿No lo comprende? Parte de los componentes del Circo del Horror se hospedan aquí. ¡En este piso! Ya han tenido problemas en Sekka Hill, en Blondell City, en Ardenville... En el Pescow Hotel de Gorney Flat todos los clientes, de todos los pisos, huyeron aterrorizados.

—No sería para tanto.

Marty tragó saliva.

—He hablado con uno de los encargados de la publicidad del Circo del Horror. Me informó del espectáculo. De los... artistas. Son seres deformes y monstruosos. La mayoría de ellos duermen en las caravanas; pero otros ya tienen reservada habitación aquí. Uno de ellos es Chuck Busey, el que hace el número de «La Bella y la Bestia».

Dempsey simuló inquietud.

—Empiezas a preocuparme, Marty.

—Solicite cambiar de habitación, señor. Si Lukas se muestra reacio, hable con el director del hotel. El mismo dio la orden de que esta habitación fuera la última en ocuparse y siempre que se advirtiera al cliente de sus especiales vecinos. Aún quedan algunas libres en otros pisos.

Mickey Dempsey denegó con un movimiento de cabeza:

—Me gusta la habitación y no pienso cambiarme; aunque procuraré no deambular por el corredor cuando ellos estén aquí. Gracias por advertirme, Marty.

El botones abandonó la estancia no sin antes dirigir a Dempsey una mirada de admiración.

El agente del F.B.I, esbozó una sonrisa.

Estaba de suerte por haber conseguido aquella habitación. Al menos eso creía.

* * *

Mickey Dempsey, después de consumir un grueso beefsteak regado con dos jarras de cerveza, se dedicó a pasear por Kempsville.

Llegó hasta el Segal Park.

En una ciudad de provincias la vida nocturna no podía ser muy animada; pero allí parecían centrarse los locales de diversión. Con sus multicolores luminosos de neón.

Dempsey se decidió por el Royal Flush. Un night-club contiguo al Royal Hotel, el mejor establecimiento hotelero de la ciudad.

Penetró en el local.

La sala iluminada únicamente por pilotos rojizos y esferas giratorias de múltiples destellos en infinitos colores.

La suave música, unido a la penumbra reinante, proporcionaba una sensual atmósfera.

Varias parejas en la pista de baile. La mayoría de las mesas ocupadas. Hombres de negocios, agentes de Bienes y Raíces, compradores de trigo, ganaderos de paso...

Mickey Dempsey acudió al mostrador.

Distante de la pista.

El barman le interrogó con la mirada.

—Vodka con zumo de tomate —dijo Dempsey, mientras procedía a encender un cigarrillo.

A cuatro taburetes de distancia, separados por un individuo de smoking, le sonrió una mujer.

El agente del F.B.I, correspondió a la sonrisa.

Fue como una invitación para que la mujer descendiera del taburete y acudiera a su encuentro. Avanzó despacio. Con deliberada lentitud acompañada de estudiado movimiento de caderas.

—Hola... Me llamo Jessica.

Dempsey acentuó la sonrisa al contemplar más detenidamente a la mujer.

Era joven. De unos veinticuatro años de edad. Muy atractiva. Destacando sus labios seductoramente gordezuelos. Lucía un vestido que dejaba muy poco para la imaginación. Anudado al cuello. Transparente. Permitiendo admirar la turgencia de los opulentos senos y marcando el turbador contorno del slip.

—Yo soy Mickey.

La mujer se encaramó al taburete contiguo cruzando las piernas. La abertura lateral del vestido mostró con generosidad los esbeltos muslos femeninos. Largos y bronceados.

—¿Qué es eso, Mickey? — interrogó la mujer al serle servido el pedido a Dempsey.

—Vodka con jugo de tomate.

—Jamás lo he probado.

—Eso tiene fácil solución — Dempsey hizo una significativa seña al barman para que preparara otro combinado—, Te gustará.

—También tú me gustas — susurró Jessica, con insinuante voz—. ¿Bailamos?

—¿Aquí o en tu apartamento?

La mujer rió en alegre carcajada.

Tiró de Dempsey conduciéndole hacia la pista.

—No eres de aquí, ¿verdad, Mickey?

—No.

—Perfecto. ¡Me encantan los forasteros!

La orquesta interpretaba un lento ritmo.

Los brazos de Jessica se entrelazaron tras la nuca del G-Men. Este correspondió abarcando la cintura femenina, No fue necesario atraerla contra

sí. Jessica ya había tomado la iniciativa. Acercando su cuerpo al de Dempsey. Pegándose como una lapa.

Mickey Dempsey percibía el contacto de cada una de las curvas femeninas.

Apenas se movían sobre la pista.

Entrelazados.

Apretados el uno contra el otro.

Dempsey mordisqueó el lóbulo izquierdo de la mujer a la vez que sus manos acariciaban en audaz recorrido la espalda de Jessica centrándose en el inicio de las redondeadas caderas que ejercían un imperceptible movimiento pendular sobre él.

La música cesó.

Se iluminaron algunos focos más.

Muy pocos.

Dempsey y Jessica se separaron intercambiando una mirada.

—No acostumbro a ser tan... fogosa, Mickey — sonrió la mujer, con el rostro encendido —. Sólo con los hombres que me agradan, y difícilmente los encuentro.

—Entonces hoy es tu día de suerte.

Jessica volvió a reír.

—¡Forastero y fanfarrón!

Retornaron al mostrador.

Ya había sido servido el combinado de Jessica.

No llegó a tocarlo.

Un hombre, que parecía conversar con el individuo del smoking, retuvo a Jessica por el brazo.

—Hace unos minutos te invité a bailar, Jessica. Aseguraste tener un tobillo dislocado.

—¿De veras? Lo había olvidado.

—No comprometas la próxima pieza, nena.

—Ya está comprometida, Oliver. Y suéltame el brazo. No quiero llevar tus sucias huellas marcadas.

El individuo la sujetó aún con más fuerza.

Quedó visible una estrella de latón que lucía sobre el chaleco.

—Empiezo a cansarme de tus desprecios, muñeca. No abuses de ellos. El día menos pensado te enviaré a la prisión de Roades Creek.

—¿Acusada de no querer bailar con el sheriff de Kempsville?

—Puedo detenerte ahora mismo por prostituta.

—Inténtalo, bastardo.

El individuo del smoking intervino.

—¡Maldita sea, Oliver! ¡Todas las noches la misma escena! ¿Por qué no la dejas en paz?

—Despídela, Allan.

—Pero...

—¡Despídela o te cierro el local!

—No es necesario — dijo Jessica, con gesto altivo—. Estoy harta de soportar tus babosas invitaciones y asqueada de este tugurio. ¡Al diablo con todos!

La muchacha giró precipitadamente hacia una puerta situada tras el entablado de la orquesta.

Oliver McEnery, sheriff de Kempsville, rió en desaforada carcajada.

—Condenación de criatura... Me tiene loco desde hace años.

—No eres justo con ella — murmuró el hombre del smoking—. Desde que murió su madre y empezó a trabajar aquí no has cesado de acosarla.

—La creía presa fácil, pero me equivoqué.

—Yo sufrí el mismo error, aunque supe reconocerlo. No volví a presionarla. Con su marcha perderé muchos clientes, Oliver. Jessica era apreciada por todos.

—¿Por todos? Sus vecinas, las hermanas Harrison, han presentado ya varias denuncias contra Jessica por atentados a la moral y...

—Las Harrison son dos solteronas envidiosas de la belleza de Jessica.

—Yo he retenido esas denuncias, Allan. Lo menos que podía hacer Jessica es mostrarse un poco agradecida. Aconséjala tú.

—¿No la has oído? Se ha despedido.

—¡Tonterías! Mañana estará aquí.

—La conoce muy poco, Oliver.

Mickey Dempsey, que había presenciado toda la escena sin intervenir para nada, arrojó unos dólares sobre el mostrador. No quería problemas con el sheriff, aunque de buena gana le hubiera soltado un trallazo en la boca.

Abandonó el local.

Quedó próximo a la entrada del night-club.

A los pocos minutos vio salir a Jessica.

Ya no llevaba el vaporoso vestido de gasa, sino un juvenil camisero.

—¿Qué haces aquí, Mickey? Hay más chicas en el Royal Flush. Las más atractivas de Kempsville. Y dentro de poco empieza el primer pase del espectáculo.

Dempsey le acarició la mejilla.

Los ojos de Jessica difícilmente contenían las lágrimas.

—Hoy es también mi día de suerte, Jessica. No quiero desaprovecharlo. ¿Qué te parece si paseamos un poco? Hace una magnífica noche.

La mujer suspiró.

Con delicioso mohín.

—¡De acuerdo!

El brazo de Dempsey rodeó protectoramente los hombros femeninos.

—Casi me siento culpable de lo ocurrido, Jessica. De no haber bailado conmigo, ese fulano no...

—Tenía que suceder, Mickey. Tarde o temprano. En parte lo celebro. Esto me anima a tomar la decisión de abandonar Kempsville. Debí salir de aquí a la muerte de mi madre. Al quedar sola, sin ninguna familia, fueron muchos

los candidatos a... protegerme.

Tengo algún dinero ahorrado. Me largaré de aquí.

—Oye, Jessica... tengo algunos amigos en Dallas.

Uno de ellos regenta el Burlington Club. Puedo recomendarte.

—¿El Burlington Club? — Jessica le dedicó una incrédula mirada—. Es uno de los mejores night-clubs de Texas. ¡Oh, Mickey!... no necesitas engañarme. Si crees que así te resultará más fácil la conquista estás equivocado.

—También tú te equivocas al juzgarme sólo por mi vestimenta.

Jessica asintió.

Sonriente.

—Okay, Mickey. Mañana me das esa carta de presentación para el Burlington Club. ¿Dónde te hospedas?

—En el Mayflower.

—Magnífico. Conozco a Lukas. No pondrá inconvenientes.

—¿A qué?

Los carnosos labios de la muchacha esbozaron ahora una sensual sonrisa. Se apretujó contra Dempsey.

—Esta es una pequeña ciudad de provincias, Mickey. Tú no estás acostumbrado a ellas. Aquí se vive un falso e hipócrita puritanismo; pero no debes preocuparte. El bueno de Lukas permitirá que subas una chica a tu habitación.

# CAPÍTULO IV

El cortinaje del ventanal no era suficiente para eclipsar la claridad del incipiente día.

Mickey Dempsey salió del cuarto de baño.

Ya afeitado y completamente vestido.

Esbozó una sonrisa al contemplar a Jessica.

La muchacha yacía sobre el lecho. Con los brazos extendidos sobre la almohada. Las piernas entreabiertas. La sábana más abajo de las rodillas. Ofreciendo el turbador espectáculo de su desnudez. El rítmico subir y bajar de los senos acusaba el profundo y placentero sueño.

Ajena al ruido procedente del exterior.

Mickey Dempsey se aproximó bordeando la alfombra para no pisar el vestido y otras prendas más íntimas pertenecientes a la muchacha.

Subió la sábana hasta cubrir los senos femeninos. El agente del F.B.I, abandonó la habitación avanzando hacia el elevador. Pulsó el botón de llamada.

Del bolsillo de la chaquetilla extrajo un paquete de Pall Mall.

Encendió un cigarrillo.

Justo en el momento en que la cabina llegaba a la cuarta planta. La puerta se abrió antes de que Dempsey llegara a tocarla.

Un individuo salió de la cabina.

Sí.

Aquello era un hombre.

Mickey Dempsey no pudo evitar un respingo. Instintivamente retrocedió El cigarrillo escapó de sus labios.

—¿Le he asustado, amigo? — rió el individuo.

Dempsey denegó con un movimiento de cabeza.

Incapaz de articular palabra.

El rostro del individuo era un amasijo de deforme carne. Purulenta. Carecía de cejas. Los párpados replegados y sin pestañas. Un solo ojo, el izquierdo, destacaba saltón. La vacía cuenca derecha era un verdoso orificio cercado por reseca pústula. La nariz se limitaba a dos repulsivas fosas que parecían haber sido perforadas en aquel deforme rostro. La ausencia de labios hacía que su boca semejara una viscosa y dilatante oquedad.

El hombre volvió a reír.

Divertido por el estupor que se reflejaba en Dempsey.

Su carcajada sonó ronca, gutural, infrahumana...

Se alejó por el corredor portando en su diestra una voluminosa maleta.

Mickey Dempsey le vio introducir una llave en la habitación señalizada con el número 403.

Aquél iba a ser su vecino.

Dempsey sacudió la cabeza como queriendo borrar la alucinante visión. Se

introdujo en el elevador encendiendo un nuevo cigarrillo.

En el mostrador de recepción aún estaba Lukas.

Pálido.

Con la mirada fija en el libro de registro.

—Buenos días, Lukas.

El conserje, que no se había percatado de la proximidad de Dempsey, profirió un grito retrocediendo hasta golpear contra el casillero.

—¿Qué te ocurre, Lukas? — inquirió el G-Men, irónico.

—Me... me ha asustado.

—¿Yo? Apuesto que esperabas a... —Dempsey hizo girar el libro de registro. Vio el nombre inscrito en la habitación 403—, Chuck Busey. Un fulano atractivo, ¿eh, Lukas? Resultará agradable tenerlo como vecino de habitación.

—Si desea cambiar de...

—No te molestes. Espero que los demás ocupantes de la cuarta planta no sean peores. —Los restantes son gente... normal, señor. Incluso figura una muchacha de extraordinaria belleza.

—Podías haberle dado la habitación 403. Así quedaría compensada tu sucia jugada.

—No fue intencionado proporcionarle una habitación en la cuarta planta —mintió descaradamente Lukas—. Fue un descuido que ruego disculpe. La señorita Sharp aún no ha trasladado su equipaje al hotel. Únicamente llegó con el señor Weston para la distribución de las habitaciones. Ella tiene la número 407. El domador de…

El recepcionista se interrumpió al ver entrar una joven en el hotel.

Abandonó el mostrador para hacerse cargo de la valija.

—Permítame, señorita Sharp. A estas horas el servicio del hotel es muy deficiente. ¿Quiere firmar en el libro de registro, por favor?

La muchacha acudió al mostrador.

Lukas no había exagerado.

Sí.

Extraordinariamente bella. Como una diosa escapada del Olimpo. La perfección de su cuerpo podía ser catalogada a tenor de la reducida vestimenta. Dos piezas. Una miniblusa anudada al cuello y espalda se complementaba con una corta falda de cintura baja.

Sobre aquella franja de desnuda y bronceada piel, en especial el delicioso dibujo del ombligo, se centraron los ojos de Dempsey.

La joven firmó en el libro de registro.

Giró enfrentándose a la insolente mirada del G-Men.

—Cincuenta y tres kilos de peso, uno setenta de estatura, ochenta y seis de busto, cincuenta y ocho de cintura y noventa y uno de caderas. ¿Le interesa saber algo más?

Mickey Dempsey sonrió.

—¿Se puede palpar todo eso?

Brenda Sharp apretó con fuerza los gordezuelos labios.

El que Lukas se alejara con la maleta hacia el elevador hizo cambiar el gesto de la muchacha.

A sus verdes ojos asomó un brillo burlón.

—Esperaba más educación en un agente del Federal Burean of Investigation — murmuró Brenda —. Hasta pronto, Mickey.

La joven se encaminó hacia el ascensor.

También Dempsey se puso en movimiento enfilando hacia la salida.

Kempsville, dado lo prematuro de la hora, aparecía desierta. No se madrugaba. Incluso sus habitantes parecían ajenos al ruido procedente del Blyth Center.

Se estaba instalando el Circo del Horror.

A lo lejos era visible.

Ocupando la amplia explanada del Blyth Center.

Caravanas, trailers, camiones, roulottes y demás partes del convoy se entremezclaban con las lonas, gradas, sillas plegables y el maderamen.

El capataz daba órdenes por doquier.

Cuando Mickey Dempsey llegó al Blyth Center descubrió un jeep con el distintivo de la oficina del comisario de Kempsville.

Y a poca distancia del vehículo estaba el sheriff Oliver McEnery.

Conversando con otro individuo.

—Ya sé que tiene todos los papeles en regla, Weston— vociferaba el sheriff —; pero no quiero que en Kempsville haga ningún número extra.

—No le comprendo...

—¡Oh, sí...! Me entiende perfectamente. El comisario de Fawcett City me ha advertido. El día de su llegada soltó al perro de tres cabezas por las calles más concurridas de Fawcett City.

—Fue un accidente. Se escapó de la jaula.

Oliver McEnery colgó los pulgares de la hebilla del cinturón. Acto continuo deslizó su diestra para acariciar significativamente la culata del revólver,

—Y fue Chuck Busey el encargado de capturar al animal. Sembrando aún más el terror en la población que el mismísimo perro. No emplee aquí esos trucos publicitarios, Weston. Si alguno de los animales se... escapa lo despacharé de un balazo. ¿Dónde va a instalar la menagerie?

—Son animales que inspiran terror y repugnancia, pero la mayoría de ellos totalmente inofensivos y...

—¡Dónde, Weston! — interrumpió el sheriff, secamente.

—Paralelo al circo. Un pabellón independiente. Su construcción es por elementos, pero segura y resistente.

—¿Y los monstruos?

Doug Weston frisaba en los cincuenta años de edad. Abundante pelo, aunque totalmente blanco. También canoso era su caído y espeso bigote a lo Brassens.

Endureció sus facciones.
—¿Se refiere a mis artistas, sheriff?
—Hablo de sus monstruos. También el comisario de Fawcett City me informó de ellos. No los quiero ver paseando por las calles de Kempsville.
—Sólo Chuck Busey tiene plaza en el hotel. No acostumbran a salir de sus roulottes, pero si alguno quiere pasear por la ciudad no podrá impedirlo. Son ciudadanos norteamericanos.
El sheriff McEnery sonrió.
Marcadamente despectivo.
—No olvide todos mis consejos, Weston. Buenos días.
El representante de la ley giró encaminándose hacia el jeep. Se alejó enfilando por la Blyth Avenue.
Doug Weston le siguió con la mirada.
Desvió los ojos hacia Mickey Dempsey que, a poca distancia, simulaba contemplar detenidamente las operaciones de montaje.
—No cuentan con un sheriff muy agradable.
Dempsey giró la cabeza de izquierda a derecha.
—¿Habla conmigo?
—Le comentaba que el sheriff de Kempsville parece ser persona huraña.
Mickey Dempsey sonrió.
—Lo ignoro. Soy forastero, pero le agradezco ese comentario. He tenido problemas con muchos comisarios tejanos. Me largaré cuanto antes de aquí.
Doug Weston le dedicó una inquisitiva mirada.
—Dentro de poco, cuando la ciudad despierte, contrataré a varios voluntarios. Puede que le interese ganar unos cincuenta dólares por unas horas de trabajo.
—No, gracias. Prefiero ver cómo trabajan los demás.
—Le envidio, muchacho.
Doug Weston se alejó perdiéndose entre aquel laberinto de hombres, máquinas y vehículos.
El agente del F.B.I, encendió un cigarrillo.
Esperaba no haber cometido un error al rechazar el ofrecimiento. Su plan no era el trabajar unas pocas horas, sino enrolarse en el circo.
Paulatinamente se fue ordenando aquel maremágnum.
Las roulottes fueron emplazadas en la zona ajardinada de Blyth Center. Cercadas por una valla metálica y con un llamativo cartel donde se advertía la prohibición del paso. Los trailers del material, una vez descargados, fueron a ocupar un improvisado parking a unas trescientas yardas del Blyth Center.
Muchos de los habitantes de Kempsville deambulaban por la zona. Varios ya contratados por el capataz. Los postes principales apuntaban ya al cielo. La gigantesca lona se alzaba majestuosa cubriendo un círculo de unos veinticinco metros de diámetro.
Si.
Era mucho el trabajo a realizar.

El regreso de Chuck Busey alarmó a gran número de curiosos. Las mujeres empezaron a gritar histéricas.

Con gran regocijo para Busey.

Parecía disfrutar luciendo la monstruosidad de su deforme rostro. A la luz del día, ya con los rayos del sol quemando la planicie, las mutiladas facciones de Chuck Busey adquirían un repulsivo tono verdoso.

Todos se apartaban a su paso. Sólo una excepción.

Mickey Dempsey.

El G-Men estaba sentado sobre unas cajas de madera. Junto a la prefabricada valla que circundaba la instalación. Obstaculizando en parte la entrada al recinto.

No se inmutó ante la llegada de Busey.

Incluso le dedicó una sonrisa.

Chuck Busey se detuvo frente al agente del F.B.I.

Su único ojo, aquella dilatada esfera perdida en la deforme carne, se posó fijamente en Dempsey.

—Quise comprar tabaco, pero la dependienta se desmayó al verme entrar. ¿Tienes un cigarrillo?

Dempsey asintió.

—Seguro.

Extrajo la cajetilla de Pall Mall.

Chuck Busey se llevó el cigarrillo al nauseabundo orificio de su boca. Al carecer de labios aprisionó con dificultad el emboquillado.

Esperó a que Dempsey le ofreciera fuego.

Sin cesar de mirarle.

Terminó por reír en desaforada carcajada.

—Te felicito, compañero. Eres el primer hombre que no desvía la mirada. Gracias por el cigarrillo.

Busey se adentró en el recinto

La escena había sido presenciada por Doug Weston.

Mickey Dempsey, consciente de ello, consideró que era el momento de tirar el anzuelo.

—¡Eh, señor Weston!... ¿Cuánto tiempo van a permanecer en Kempsville?

—Un par de días.

—¿Y la próxima ciudad?

—Brownwood, San Ángelo...

Dempsey quedó unos instantes pensativo.

—Hacia el Oeste...

—Correcto. La gira terminará en El Paso.

—Su anterior oferta de trabajo llegaría a interesarme siempre que se prolongara un par de semanas,

—Tengo ya la plantilla cubierta, muchacho. Únicamente contrato trabajadores por horas para el montaje del circo.

Mickey Dempsey chasqueó la lengua.

—No me he explicado bien, Weston. No quiero un empleo estable. Sólo deseo pasar desapercibido unos días. Una semana o dos como máximo. Lo que pueda pagarme es secundario.

—¿Desapercibido?

—Eso he dicho. Viajando con toda la troupe evitaría... ciertos controles de carretera. No se alarme, Weston. No soy un asesino, pero quiero evitar todo encuentro con la policía.

—¿Dispone de vehículo?

—Un viejo Mercury.

—De acuerdo, muchacho. Te he visto con Chuck. Necesito hombres de tu temple. No todos se acostumbran a... Bueno. Ya lo comprobarás por ti mismo. Tal vez nos abandones antes de salir de Kempsville.

—Tengo mucho estómago.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Dempsey. Mickey Dempsey.

Weston sonrió.

Enigmático.

—Para permanecer en el Circo del Horror se necesita algo más que estómago, Mickey.

# CAPÍTULO V

Lukas ya no estaba tras el mostrador de recepción.

Concluido su turno de noche había sido reemplazado por un individuo de rostro aún más somnoliento.

—Habitación 404 — solicitó Dempsey.

Le fue entregada la llave junto con un pequeño sobre.

Se encaminó hacia el elevador.

El botones le abrió la puerta.

—Hola, Marty.

—¿Le ha visto, señor?

—¿A quién?

—¡Chuck Busey!... ¡La Bestia!

—¡Ah, sí! Aún me tiemblan las piernas — rió Dempsey—. Casi tropiezo con él. ¿Está alguno de... ellos en la cuarta planta?

—Chuck Busey salió hace aproximadamente una hora. Arriba sólo está la señorita Sharp, pero es una muchacha encantadora.

El agente del F.B.I, ya había echado una mirada al casillero. De la cuarta planta solo faltaba la llave 407, pero quiso cerciorarse con la información de Marty.

Ya dentro de la cabina del elevador abrió el sobre.

Tal como había imaginado era una nota de Jessica.

«Te invito a almorzar. 877 de Lumet Street.

Jessica.»

Mickey Dempsey guardó la cartulina en uno de los bolsillos. Al salir del ascensor dirigió sus pasos hacia la puerta señalizada con el número 407. Hizo girar el pomo, pero estaba cerrada con llave.

Golpeó la hoja de madera con los nudillos.

Repitió la llamada a los pocos segundos.

Con golpes más sonoros.

—¿Quién es? — inquirió una voz femenina.

—Mickey.

La puerta se abrió.

Brenda apareció con una larga bata anudada a la cintura.

—No es muy prudente tu visita, Mickey. Chuck Busey no está, pero pueden llegar los otros en cualquier momento.

—Tengo la habitación 404 — dijo Dempsey adentrándose en la estancia y cerrando tras de sí—. Podemos hablar allí.

—Acabo de darme un baño y estoy sin vestir. No puedo salir así. Es mejor que termine de arreglarme. Si vienen y no me encuentran en mi habitación creerán que estoy de compras por la ciudad.

—Okay.

Brenda se sentó frente al espejo del boudoir.

—Puedes esperarme en tu habitación, Mickey. Acudiré en cuestión de minutos.

—Prefiero esperar aquí — sonrió Dempsey, sentándose al borde del lecho. Reflejándose igualmente en el espejo —. Estoy muy nervioso. Es la primera vez que trabajo con un compañero del F.B.I, que huele a Chanel-5.

—Miss Dior. París.

Mickey Dempsey arrugó la nariz olfateando al aire.

—¿De veras...? Estoy perdiendo facultades.

Brenda terminó de peinarse procediendo a un rápido maquillaje. Se incorporó acudiendo al armario.

—¿Cuánto tiempo llevas en el Federal Burean of Investigation, Mickey?

—Poco más de cinco años.

—Yo sólo dos, pero me considero capacitada como el más veterano de los agentes. El haberme sido asignada esta misión lo confirma. Por lo tanto te aconsejo que olvides tu suficiencia y sarcasmos.

—No era mi intención...

Mickey Dempsey quedó con la boca entreabierta.

La muchacha se había despojado de la bata. Quedó frente a Dempsey con un diminuto slip de encaje calado por toda vestimenta. El espectáculo de aquel escultural cuerpo fue muy fugaz.

Brenda lo hizo terminar al ajustarse un vestido.

—¿Quieres abotonarme la espalda?

Dempsey cerró la boca.

Se aproximó a la joven empezando por el botón más bajo.

Con deliberada lentitud. —Brenda...

—¿Sí?

—¿Seguro que no es Chanel-5? — murmuró Dempsey, besándola en la nuca.

—¿Dónde lo prefieres, Mickey? Así, de espaldas a ti, puedo propinarte varios golpes de karate. En el rostro, en el pecho o en los...

—Olvídalo— sonrió el G-Men, retrocediendo —. Era una broma.

Brenda tomó un bolso de mano.

—Podemos salir... no hay nadie...

Abandonaron la estancia.

Mickey Dempsey abrió la puerta de su habitación.

En el rostro de Brenda se dibujó un gracioso mohín.

—Aquí sí huele a Chanel-5. No pierdes el tiempo, ¿verdad, Mickey? Cuando me mostraron tu fotografía leí también tu historial como G-Men. ¡Magnífico! Me sentí muy honrada de colaborar con tan digno agente del F.B.I. Sin duda habían seleccionado al mejor

—¿No habíamos quedado en que fuera sarcasmos?

Las bellas facciones de Brenda se ensombrecieron.

Se sentó en el borde del lecho abriendo el bolso para sacar una cajetilla de Thins mentolado.

—Me esfuerzo en bromear, Mickey. En reír. Te agradezco que estés aquí. Es agradable hablar con personas... normales.

Dempsey se percató del brusco cambio experimentado en la muchacha.

Se acomodó a su lado.

—Aún no he visto gran cosa de ese circo, Brenda; pero deduzco que no debe ser grato permanecer en él. He conseguido que Doug Weston me admita. Esta misma tarde debo acudir para el traslado de los animales al *menagerie*. No será un trabajo de horas. Marcharé con el circo a Brownwood. Estaré a tu lado.

—Doy gracias a Dios por ello — musitó la joven con voz apenas audible —. Aquello es en verdad monstruoso, Mickey. Alucinante. Fuera y dentro de la pista.

—¿Qué has averiguado?

—Ahí está lo más lamentable. Cinco días de horror y pesadilla para nada. No he conseguido descubrir absolutamente nada. Incluso en Fawcett City, último lugar donde hemos actuado, no se ha detectado ningún caso de desaparición. Al menos no ha sido denunciado.

—¿Tienes algún sospechoso?

Brenda esbozó una sonrisa.

Triste.

—Descarto a los... artistas. La mayoría de ellos permanecen recluidos en sus roulottes. Amargados. Rencorosos. Conscientes de su marginación con la sociedad. De su espantosa deformidad física. A muchos de ellos únicamente les veo cuando actúan en la pista.

—¿Qué me dices de Doug Weston?

—Un hombre extraño. Moralmente destrozado por la desgracia de su hijo. Ronald, aun sin actuar en la pista, es un monstruo más. Su mutilada lengua le impide hablar, pero sus infrahumanos alaridos son espeluznantes. En las noches de luna llena parece volverse loco. A sus aullidos le responde Gawky con feroz entusiasmo. Como si se entendieran el uno al otro.

—¿Quién es Gawky?

—El perro de tres cabezas.

Dempsey tragó saliva.

Forzando una sonrisa.

—Solucionaremos pronto el caso, Brenda. Y nos tomaremos unas vacaciones en Miami Beach. Creo que las vamos a necesitar.

# CAPÍTULO VI

El menagerie ya había quedado totalmente instalado.

A primeras horas de la tarde se abrió la taquilla para que pudiera ser visitado. Por los altavoces se anunciaban las principales características de aquel singular zoo recomendando la entrada, dado que muchos de aquellos monstruosos animales no podían ser exhibidos en la pista.

Dos dólares el ticket.

La presentación del boleto del menagerie equivalía a una pequeña bonificación en la adquisición de la entrada para el espectáculo de la noche.

Ya desde el principio la afluencia fue masiva.

También la reserva de localidades iba a buen ritmo. Dada la capacidad del circo, establecida en unas tres mil quinientas sillas, pronto se anunciaría el agotamiento de localidades.

John Kellaway, el domador de serpientes, hacía de guía en el menagerie.

Gawky, el *baskerville* de tres cabezas, era el más espectacular. Ladraba ferozmente proyectando sus tres deformes cabezas contra los barrotes. Aterrorizando a los visitantes. Estos ignoraban que Gawky era habitualmente un perro pacifico; pero, había sido inyectado para alterarle.

La vitrina de las tarántulas era sobrecogedora para el público femenino.

John Kellaway atrapó una de las arañas.

Su acto despertó gritos histéricos.

La tarántula subió por el brazo izquierdo dé Kellaway. Era una araña grande. Negruzca. De abdomen hinchado y fuertes patas. El domador la hizo girar para mostrar el rojizo y velloso tórax.

A continuación estaba el serpentario.

Dos grandes vitrinas.

En la primera de ellas se entremezclaban serpientes de viscosa y llamativa piel.

—Son todas venenosas —dijo Kellaway, con voz fúnebre—. La mayoría de ellas capturadas en el Brasil. Yo fui uno de los cazadores. He visto a varios compañeros morir por la mordedura de una serpiente venenosa. Lo primero que se siente es una baja temperatura en todo el cuerpo, a la que siguen vómitos de sangre, un sudor frío es acompañado de paulatina paralización de los miembros. A los vómitos de sangre se añade hemorragias por la boca, oídos e incluso por la piel. Finalmente, y para descanso de la víctima, llega la muerte por detención del corazón.

El numeroso público presente en el pabellón escuchaba las palabras de Kellaway.

Un silencio que era roto por el siniestro sonido de la serpiente que ocupaba la vitrina contigua.

El domador sonrió.

—Aquí tenemos a Lydian. La más terrorífica de las serpientes de cascabel.

¿Por qué está sola? Muy sencillo, amigos. Lydian es capaz de exterminar a todas sus compañeras. Ya lo ha hecho más de una ocasión. Su nombre científico es *crotaius terrificus*, originaria igualmente del Brasil. La mordedura de la serpiente de cascabel no ocasiona dolor, pero la acción del veneno sobre el sistema nervioso sí es violenta provocando la parálisis y la ceguera... Me permiten...

John Kellaway procedió a manipular en el cierre de seguridad de la vitrina.

Aquello provocó una desbandada general hacia la salida unida a gritos de pánico.

—¡Un momento, por favor,...! ¡Calma! —Rió Kellaway—. Sólo quiero mostrarles lo más característico de Lydian.

Una de las hojas de la vitrina de cristal había sido abatida.

Kellaway, con ambas manos, no logró abarcar el grueso cuerpo de la serpiente. Tiró de la cola. En aquel extremo unos anillos óseos formaban el popular cascabel. El animal comenzó a deslizarse perezosamente. Tendría más de un metro y medio de longitud.

El domador la rechazó.

Empujándola hacia el interior de la vitrina.

—Adentro, Lydian... Quieta... Lydian está recién alimentada. Su manjar preferido son los conejos, gatos y ratas. Vivos, por supuesto. Las serpientes rechazan los trozos de carne. El estar bien alimentadas y la luz del día facilitan su pacífico estado. Lydian es un animal nocturno.

El público había retornado prudentemente al ver cerrada de nuevo la vitrina.

Aunque John Kellaway continuó por las diferentes salas del pabellón, muchos curiosos centraron su atención en el serpentario.

También era numeroso el público que se detenía en el foso de las ratas.

Una veintena de ellas.

Todas deformes. De abundante pelaje gris. Desproporcionadamente hinchadas. Sin patas. Con dos cabezas, unidas por el vientre...

Una máquina que funcionaba con una moneda de veinticinco centavos proporcionaba una pequeña cantidad de comida para las ratas.

Era alucinante el ver cómo se disputaban esa mísera ración.

Entre las carcajadas del respetable.

Mickey Dempsey había trabajado duro en la instalación del menagerie. Colaborando con los empleados del circo. Ningún habitante de Kempsville había aceptado el deambular por entre aquellas jaulas.

El agente del F.B.I, procedía ahora de la zona ajardinada distante del circo y del menagerie.

La «zona prohibida».

Las roulottes de los artistas.

Dempsey ya había visto al «Hombre-Tronco», a la «Mujer-Monstruo», al Pigómelo, a Ken El Enano...

Sí.

La permanencia en el Circo del Horror no debía ser grata.

El G-Men se detuvo.

Entornó los ojos contemplando fijamente la roulotte. No estaba en la zona prohibida, pero sí aparecía cercada por una valla de protección. A espaldas del circo. Junto a un Chevrolet en su versión Blazer. Un Station-wagon todo terreno.

¿Por qué aislar un solo roulotte?

¿A quién pertenecía?

Mickey Dempsey no lo dudó.

Subió los tres escalones que conducían a la roulotte deslizando el pasador de la portezuela.

Empujó la hoja.

Era una roulotte de dos plazas. Las dos literas quedaban a la izquierda. Frente a una mesa fija en el suelo.

Un individuo yacía en la litera inferior.

Se incorporó ante la presencia de Dempsey.

El agente del F.B.I, le reconoció.

Ronald Weston.

Había contemplado su fotografía en el dossier facilitado por Norman Wallach. Un primer piano de su rostro.

El resto...

Ronald Weston vestía únicamente un pantalón tejano. El torso desnudo. Visibles los dos muñones de sus brazos. La amputación había sido realizada poco más abajo de la articulación del codo.

—Hola, Ronald — sonrió Dempsey, forzadamente —. Soy nuevo en el circo. Me he dedicado a llenar los depósitos de agua de las roulottes. ¿Quieres tú?

Ronald Weston aún no había cumplido los veinticinco años de edad. Su rostro hubiera resultado atractivo de no ser por el extraño brillo de sus ojos. Un destello siniestro.

Inhumano.

El joven abrió la boca.

Desmesuradamente.

Emitiendo roncos sonidos.

Mickey Dempsey se estremeció al descubrir la cercenada lengua. Un diminuto trozo de rojiza carne que destacaba entre los níveos y afilados dientes de Ronald.

—Sí, Ronald. Ya sé que no puedes hablar.

El joven Weston se aproximó al armario.

Golpeó la hoja de madera con el muñón izquierdo.

El agente del F.B.I, arqueó las cejas.

—¿Quieres abrirlo?

Ronald movió afirmativamente la cabeza.

Mickey Dempsey hizo girar la llave franqueando la doble hoja del armario.

De inmediato descubrió los dos extraños objetos.

Metálicos.

Dos cilindros con cintas de cuero.

Ronald Weston extendió los muñones a la vez que profería guturales sonidos.

El G-Men comprendió. Aquellos dos cilindros eran las manos artificiales del infortunado muchacho.

—¿Quieres que te los ponga?

De nuevo Ronald movió la cabeza de arriba a abajo.

Dempsey tomó una de aquellas manoplas de acero. La inspeccionó. Era bastante pesada. Un pequeño saliente servía sin duda para pulsar los diferentes resortes del otro juego.

Ronald tendió su brazo izquierdo.

Acentuando sus guturales sonidos.

—Tranquilo, Ronald, tranquilo...

Mickey Dempsey le sujetó el brazo. Tragó saliva al ajustar el cilindro al muñón.

Fingiendo indiferencia. Las correas se ciñeron sobre el codo.

Acto seguido le acopló la manopla derecha.

—¿Satisfecho, Ronald?

Sí.

Ronald Weston parecía muy contento al contemplar aquellas manos artificiales ajustadas a sus cercenados brazos.

Una sonrisa deformó su rostro.

El satánico brillo se acentuó en sus ojos.

Con el pequeño saliente de la manopla derecha presionó uno de los resortes de la zurda.

Súbitamente surgió una ancha hoja metálica.

De doble filo.

Ronald Weston realizó el movimiento contrario. La manopla izquierda pulsó uno de los resortes en la derecha.

Brotó una segunda hoja.

Como si se tratara de una navaja de muelle.

Mickey Dempsey había visto manoplas especialmente diseñadas para mutilados de ambas manos. Dotadas de diferentes garfios que funcionaban automáticamente.

Pero las de Ronald eran diferentes.

Muy poco tranquilizadoras.

Tampoco lo era la demoníaca expresión de su rostro.

—Bueno, Ronald... Debo irme. Celebro haberte sido de ayuda y...

Ronald Weston atacó.

De su garganta brotó un espeluznante sonido. Un gruñir infrahumano. Semejante al de una fiera enloquecida.

Movió los brazos.

Hacia el G-Men.
Aquellas dos manoplas que se habían convertido en temibles armas.
Mickey Dempsey esquivó difícilmente una de las hojas.
—¡Maldita sea, Ronald!... ¡Soy un amigo!... ¡No quiero hacerte daño!
Sus palabras no fueron escuchadas.
Todo lo contrario.
Ronald prosiguió el ataque con redoblada furia.
Las afiladas hojas de acero dibujaban mortíferos semicírculos en busca del cuerpo de Dempsey.
El agente del F.B.I., dado el reducido espacio, quedó acorralado. Imposible retroceder más. Ladeó la cabeza.
La hoja de la manopla derecha quedó clavada en la pared. A escasas pulgadas de la oreja de Dempsey. Este no desaprovechó aquella oportunidad.
Ronald porfiaba por arrancar la hoja.
Lo consiguió ayudado por Dempsey.
Al recibir el derechazo en el estómago. Un golpe que hizo retroceder a Ronald.
Pálido. Con la boca abierta.
Mickey Dempsey no le dejó reaccionar.
Un controlado golpe de karate hizo caer a Ronald sin sentido.
—¡Bonita forma de hacer amigos! — jadeó el G-Men.
Depositó al desvanecido Ronald sobre la litera.
Precipitadamente le quitó las manoplas dejándolas de nuevo en el armario. Levantó una caída silla y demás objetos derribados durante la corta pelea.
Abrió la puerta de la roulotte.
Al pisar el último de los escalones sonó la airada voz.
—¿Qué infiernos hace ahí, Dempsey?
El hombre del F.B.I, giró.
Doug Weston se aproximaba a grandes zancadas. Con el rostro crispado.
—Hola, señor Weston — saludó Dempsey, procediendo a encender un cigarrillo. Ajeno a la visible irritación del individuo—. Ya había terminado en los roulottes de los artistas y entré aquí para...
—¿No lo vio cerrado?
Dempsey parpadeó.
—¿Cerrado?... No me di cuenta... Entré sólo para saber si quería también agua. Usted me ordenó que llenara todos los depósitos de las roulottes.
—¡No le señalé éste, maldita sea!
—No he molestado a nadie. Al ver que el único ocupante dormía salí de inmediato sin hacer ruido.
Doug Weston se precipitó hacia el vehículo.
Abrió la portezuela.
Después de dirigir una mirada al interior cerró de nuevo retornando junto a Dempsey.
—Ese muchacho es mi hijo — dijo Weston, con facciones aún crispadas

—. No puede hablar. Está... está enfermo. Chuck Busey es quien le cuida. El único con permiso para entrar en la roulotte. ¿Lo entiende? ¡Nadie más debe importunar a mí hijo!

—No era ésa mi intención, Weston. De haberme advertido antes no me hubiera acercado por aquí.

Doug Weston pareció calmarse.

Mesó sus canosos cabellos.

—Bien. Olvidemos el incidente. ¿Ya ha terminado en las roulottes?

—Ahá. Todos los depósitos a rebosar.

—¿Sin... contratiempos?

—En absoluto — sonrió Dempsey, succionando el cigarrillo —. Son personas muy agradables.

El director del circo empequeñeció los ojos.

Fijos en el G-Men.

—Le admiro, Dempsey. Puede irse. Ya ha concluido su trabajo por hoy. ¿Presenciará la función?

Mickey Dempsey volvió a sonreír.

Una sonrisa que Weston no supo catalogar.

—Por supuesto. No me perdería el espectáculo por nada del mundo.

* * *

El agente del F.B.I, vació la segunda lata de cerveza.

—Eres una magnífica cocinera, Jessica.

La muchacha hizo un mohín de disgusto.

—No seas irónico. Hemos cenado lo preparado para el almuerzo. Recalentado no podía estar bueno.

—Lamento que mi aviso te llegara cuando ya tenías todo preparado, Me fue imposible almorzar contigo.

—Sí, ya me lo has explicado. Estabas trabajando en el Circo del Horror.

—Eso es.

—¿Esperas que lo crea? — rió Jessica, en cantarina carcajada.

Mickey Dempsey se incorporó de la mesa para acomodarse en el sofá que adornaba el salón-comedor.

Encendió un cigarrillo.

—¿Por qué iba a mentirte?

La sonrisa se borró paulatinamente del rostro de la joven.

—¿Es... es cierto?

—Sí.

—Muchos habitantes de Kempsville han trabajado en el montaje del circo, Mickey. Sólo unas horas por la mañana. Todos habían terminado para la hora del almuerzo.

—Mi trabajo fue algo especial,

—No pareces estar falto de dinero. No comprendo... —Jessica se

interrumpió a la vez que chasqueaba la lengua volviendo a sonreír—. Discúlpame. No soy quien para hacerte preguntas y entrometerme en tu vida privada, ¿Me perdonas?

Jessica formuló la súplica ya con sus brazos entrelazados tras la nuca del G-Men Ofreciéndole los labios.

Entreabiertos.

En demanda de un beso que Dempsey no demoró. Lentamente fue arqueando el cuerpo de Jessica hasta recostarla en el sofá.

Sin despegar sus labios.

Mickey Dempsey se separó levemente.

El menor espacio para permitir que su diestra desabotonara la blusa femenina.

Los senos de Jessica asomaron macizos.

Dempsey los besó.

Una y otra vez.

Hundiendo su rostro sobre aquellas cálidas turgencias. Animado por Jessica que le aferraba los cabellos aprisionando la cabeza contra su busto. Jadeando de placer.

Sus ahogados suspiros fueron en aumento.

Hasta culminar en un clímax de pasión.

Cuando Mickey Dempsey se incorporó del sofá lo hizo lentamente. Jessica parecía dormir. Los ojos cerrados. Con una placentera expresión en su rostro que la hacía aún más bella.

—Mickey... no te separes de mí — murmuró la joven, sin abrir los ojos.

—Tengo que irme.

Jessica sí abrió los ojos ahora.

Se incorporó quedando sentada al borde del sofá. Recogió un diminuto slip de tul de nylon blanco. Con transparentes encajes de dibujos estrellados.

Se ajustó velozmente la prenda íntima. Atrapó, igualmente arrojadas sobre la alfombra, la falda y la blusa.

—¿Adónde vas, Mickey?

—Quiero presenciar la función del Circo del Horror —dijo Dempsey, terminando de colocarse la chaquetilla.

—¡Iré contigo!

—No es espectáculo para ti.

Jessica se levantó. La falda y la blusa sobre el pecho. Ocultando la turbadora desnudez de sus senos.

—¿Por qué no? El alcalde de Kempsville irá con su esposa, el banquero Sherman... e incluso las hermanas Harrison.

—¿Tus puritanas vecinas?

—Voy a ponerme un vestido y...

Dempsey la retuvo por los hombros.

—Oye, Jessica. Hazme caso. Es preferible que no vengas. Es un espectáculo desagradable. Sólo para complacer la morbosidad de

determinadas gentes.

—¿Gentes como tú? No soy una chiquilla, Mickey. Además, creo que exageras. Tengo algunas referencias de ese circo. Es como un museo del horror ambulante.

—Con una diferencia muy importante, Jessica. No son figuras de cera, sino seres humanos que la fatalidad ha convertido en monstruos.

La joven suspiró.

En resignado mohín.

—De acuerdo, Mickey. Me quedaré con la condición de que regreses terminada la función.

—Lo intentaré, pero no te lo prometo.

—Entonces voy contigo. Mañana abandono Kempsville. Puede que no volvamos a vernos más... y quiero estar contigo todo el tiempo posible.

—Pero...

—¡Está decidido! Voy a ponerme un vestido...

Jessica abandonó el salón corriendo hacia el dormitorio.

No dio tiempo a que Dempsey reaccionara. Retornó con un vestido camisero estampado con dibujo cachemir, botas y bolso a juego.

—¿Nos vamos, Mickey?

—Tal vez deba quedarme al terminar la función.

—No me importa regresar sola —sonrió Jessica, sospechando que se trataba de una disculpa más—. Diré a las hermanas Harrison que me lleven en su auto.

Mickey Dempsey terminó por unir su risa a la de la muchacha.

Ignoraba que aquélla iba a ser la última sonrisa de Jessica.

# CAPÍTULO VII

Agotadas las localidades

Desde horas antes del inicio de la función.

Un arco de multicolores luces adornaba la entrada al circo con ramificaciones que alcanzaban la cúspide de la lona. También destacaban las luminosas letras que en intermitentes destellos anunciaban el Circo del Horror.

La Blyth Avenue con coches estacionados a ambos lados.

Una gran concurrencia.

Música por los sistemas de megafonía exteriores. Nada de melodías alegres o populares. Ritmos fúnebres. Una música acorde con el espectáculo próximo a comenzar.

Mickey Dempsey estacionó el Mercury en el parking acotado para los vehículos del circo.

Junto con Jessica se encaminó hacia el túnel de entrada.

—Espera aquí —indicó Dempsey—. Voy a conseguir un par de entradas.

El agente del F.B.I, acudió a la caseta donde figuraba el cartel de agotadas las localidades.

No había nadie en el interior.

—¿Buscas la recaudación, Mickey? —Dijo Chuck Busey, que llegaba procedente del barracón vestuario unido a la carpa—. Ya se la ha llevado el jefe.

Dempsey parpadeó.

Era algo alucinante ver a un individuo como Chuck Busey enfundado en un elegante smoking en tejido de alpaca. Con guantes blancos y un fino bastón con empuñadura dorada.

—Hola, Chuck. Olvidé sacar las entradas y quiero presenciar el espectáculo. ¿A quién debo dirigirme?

—Tú formas parte del personal. Desde bastidores puedes...

—Vengo acompañado —interrumpió Dempsey—. Necesitaría dos entradas. Sé que siempre se reservan algunas para compromisos de última hora.

—Steve nos informará de los pases de favor ya facilitados. Sígueme, Mickey.

Caminaron hacia el entoldado túnel de entrada.

Mickey Dempsey hizo una seña a la distante Jessica para que se reuniera con él.

Las palabras que Chuck Busey intercambió con el uniformado portero fueron breves.

Giró hacia el G-Men.

—Tienes suerte, Mickey. Puedes disponer del palco número ocho. Es uno de los...

Chuck Busey enmudeció.

Había descubierto a Jessica.

La muchacha, ya próxima a Dempsey, no pudo controlar una mueca de terror.

—¿Es ésa tu acompañante, Mickey?

—Correcto, Chuck —respondió Dempsey rodeando protectoramente los hombros de la joven—. ¿Palco ocho?

Busey asintió.

Con la mirada fija en Jessica.

Mickey Dempsey, consciente de la impresión causada en la muchacha, presionó con más fuerza los hombros femeninos.

—Gracias, Chuck.

Pasaron al interior.

Sillas, gradas y palcos repletos por un público expectante. Ávido de emociones fuertes. Dempsey y Jessica ocuparon uno de los palcos cercanos a la orquesta.

La música había cesado.

La función iba a comenzar.

Varios de los focos se eclipsaron. Sólo quedó un rojizo rayo de luz centrado sobre la pista. En el círculo, merced a un juego de sombras y luz, se fue delineando lentamente la cabeza de Satanás.

El silencio reinante, únicamente turbado por ahogadas risas nerviosas, fue roto por la súbita explosión.

Un estruendo acompañado de gritos de sobresalto.

Sobre la pista se elevó una columna de humo a la vez que la atmósfera se impregnaba de un marcado olor a azufre. Y apareció el mismísimo Satán.

Facciones enrojecidas, ojos salientes de fuerte brillo, nariz ganchuda, colmillos afilados... Dos diminutos cuernos asomaban en sus sientes. Se cubría con una llamativa capa roja. En su diestra el clásico tridente.

—Ahí tenemos a Dog Weston — murmuró Dempsey—. Es el director del circo.

—Su rostro...

—Es una máscara de piel que se acopla perfecta— mente a sus facciones, Jessica. Casi parece real.

El humo se disipó por completo.

Doug Weston alzó el tridente riendo a carcajadas.

—¡Bien venidos, damas y caballeros de Kempsville...! Es para mí un verdadero honor presentarles el show del Circo del Horror. Un espectáculo que sólo Satán, príncipe de las Eternas Tinieblas, podía presentarles. Un horror similar al que os espera en el Reino de las Tinieblas. ¡Sí, queridos discípulos...! ¡Esto es la antesala del Averno!

Por una especie de tobogán se deslizó súbitamente un voluminoso saco que culminó su trayectoria cayendo sobre la pista.

Se entreabrió.

Y comenzaron a salir las serpientes.

Con su siniestro silbar. Con su viscosa y brillante piel multicolor. Iniciando un rápido zigzaguear. Deslizándose en todas direcciones.

Media docena de serpientes reptando sobre la pista.

Aquello originó el pánico en el público que ocupaba las primeras filas.

La aparición de John Kellaway fue teatral.

Cayó sobre el centro del círculo soltando la cuerda que pendía de uno de los trapecios.

Kellaway emitió un penetrante silbido.

Las seis serpientes detuvieron su avance alzando la cabeza. Acto seguido se arrastraron en dirección a Kellaway. Apoyaron dócilmente sus cabezas sobre las botas del domador.

El público aplaudió con entusiasmo.

Los aplausos cesaron con brusquedad cuando una de las serpientes empezó a trepar por el cuerpo de John Kellaway. Enroscándose a él.

Era una serpiente de estremecedora belleza. La jararacá. Una variedad de cobra cuya característica principal es la especie de orla que bordeaba la parte inferior del ojo llegando hasta la boca.

Otra serpiente imitó a la jararacá.

Y una tercera.

Y la cuarta...

Los seis ofidios se entrelazaron sobre el cuerpo del inmóvil Kellaway Hasta cubrirlo por completo. Quedó oculto a la vista del público. Abrazado por los reptiles. Envuelto por aquellas seis mortíferas bufandas de viscosa piel.

El domador volvió a emitir un silbido.

Ahora más agudo y prolongado.

Y paulatinamente las serpientes descendieron quedando de nuevo a los pies de Kellaway.

El público, todavía impresionado, tardó en reaccionar; pero de inmediato le dedicó entusiastas aplausos.

La actuación de Kellaway y sus serpientes culminó de un modo menos espectacular; pero sí de fuerte impacto.

John Kellaway abrió la caja de cartón que le fue entregada por uno de los ayudantes de pista.

Contenía un conejo.

El animal empezó, una desesperada huida alrededor de la pista. Incapaz de saltar el cerco se limitó a enloquecedoras vueltas.

Las serpientes entraron en acción.

Con rapidez.

Deslizándose con pasmosa velocidad.

El conejo se vio acorralado. Saltó ágil sobre dos de las serpientes, pero no logró esquivar a la jararacá.

Ante los aterrorizados ojos del público, el conejo fue engullido por la

voraz serpiente. John Kellaway, recibiendo una última ovación, se retiró con sus ofidios.

Una breve pausa.

Sin duda para que el respetable tomara aliento.

—Ha sido impresionante — comentó Jessica, casi sin voz —. La serpiente es un animal que me produce escalofríos.

Dempsey encendió un cigarrillo.

—Pues la mejor de todas ha quedado en el menagerie. Responde al nombre de Lydian. Una serpiente de cascabel extremadamente peligrosa. De ahí que no intervenga en el show de Kellaway.

Doug Weston salió de nuevo al centro de la pista.

—¡Damas y caballeros!... ¡El espectáculo continúa! Después del apasionante juego de Kellaway y sus serpientes quiero presentarles algo más relajante. Algo más tranquilizador. Menos terrorífico. ¿Qué les parece un cuento de hadas? ¡Todos conocemos a Blancanieves y los siete enanitos! El Circo del Horror tiene su propia versión del encantador cuento. ¡Muy distinta a la de Walt Disney!

Sonaron algunas risas.

Doug Weston las hizo enmudecer alzando el tridente.

—¡Siete son los enanos del Circo del Horror! ¡Capitaneados por Ken Jeffries! El más deforme y horrible de los gnomos. Un monstruo de la naturaleza. Aunque... es posible que resulte atractivo para algunas mujeres. Nerón, Domiciano, Tiberio, Calígula y otros ilustres emperadores romanos cuidaron con esmero a sus gladiadores enanos. Y de la arena del circo, los más fuertes, pasaban a las alcobas de las damas romanas. En la corte de Luis II de Baviera se formó un harén con los más monstruosos enanos. Estanislao Leczinski, duque de Lorena, adoraba al repulsivo y horripilante enano Ferry. Los Médicis, los monarcas españoles del Siglo de Oro... Todos sabían apreciar las virtudes de aquellos pequeños monstruos. No son un error genético ni un capricho cruel de la Madre

Naturaleza. Yo sé que descienden de los dioses. De los espíritus malignos. Son el fruto de una noche de aquelarre. Producto de una orgía en honor al todopoderoso Lucifer. ¡Un aplauso para Ken Jeffries, descendiente de los espíritus del mal!

No.

Ningún aplauso.

Todo el público quedó como paralizado.

Un foco se había centrado sobre los cortinajes que ocultaban bastidores.

Y allí estaba Ken Jeffries.

El enano.

No alcanzaba el metro de estatura. Su cabeza era enorme. Desproporcionada. Cejas muy pobladas. Nariz aplastada. Boca grande por donde asomaban unos salientes dientes que le proporcionaban un aspecto simiesco. El labio inferior le colgaba hasta casi doblar sobre la barbilla. La

pierna izquierda más corta que la derecha. Aquello, unido a su joroba, le obligaba a caminar inclinado y con dificultad.

Ken Jeffries avanzó hasta el centro de la pista.

Sonó la música para animar la entrada en escena de los otros seis enanos.

Aparecieron tirando grotescamente de una engalanada carroza.

Y en aquella carroza iba «Blancanieves».

Totalmente desnuda.

Un fuerte murmullo de horror, asombro y repugnancia se dejó oír.

Martha Ekland alzó los brazos.

Con despectiva sonrisa.

Consciente de que ninguna de aquellas miradas que se centraban sobre su desnudo cuerpo era portadora de lujuria.

Sólo horror y repugnancia.

Lo más alucinante no eran los tres senos de fláccida carne que colgaban del pecho de Martha Ekland.

Los seis enanos la bajaron a hombros.

Entre carcajadas y comentarios soeces.

Ahora fueron aún más visibles las piernas de Martha. Eran como dos gigantescos senos femeninos. Dos muñones a la altura del muslo.

La singular versión del cuento fue marcadamente obscena. Degradante. De pésimo gusto.

No cosechó muchos aplausos

Ken Jeffries quedó solo en la pista.

Sin intervención de Doug Weston, sin ser anunciado, apareció un nuevo personaje.

Recibido a carcajadas. Más que terror era propenso a la burla.

Timothy Reed, el Pigómelo.

El hombre de las tres piernas.

Lucía un corto pantalón para que fuera bien visible aquella tercera pierna que le nacía de la nalga derecha y casi rozaba el suelo. Aquel apéndice mostraba un pie atrofiado.

—¡Hola, Ken! ¿Dónde está tu bella Blancanieves?

—No me hables de ella, Timothy —respondió el enano, con una voz ronca, impresionante en aquel pequeño cuerpo—. Quiero olvidarla.

—Entonces llegó en el momento oportuno, Ken.

Timothy Reed hizo una seña.

La orquesta empezó a tocar una suave melodía.

Las luces se eclipsaron.

Un foco iluminó los cortinajes por donde iba saliendo la rectangular vitrina.

Era como un ataúd de cristal.

Y en su interior Brenda Sharp. Fingiendo dormir. Con los brazos cruzados sobre el pecho. Cubierta por una transparente túnica. Una fina gasa que no ocultaba la perfección de su cuerpo.

La vitrina fue depositada sobre la pista.

Cuando los porteadores desaparecieron cesó la música y se iluminaron de nuevo los focos.

Ken Jeffries comenzó a dar pequeños saltos en torno al ataúd.

—¿Quién es?... ¿Quién es?...

—¡Maldita sea! —Exclamó Timothy Reed—. ¿No la conoces? ¡Es la Bella Durmiente del Bosque! Será tuya con solo indicarme dónde está la cueva del oro... ¡El oro que tú y tus compañeros amontonáis!

—Sí... sí... te lo diré... En el Valle del Trueno... allí está la mina...

Timothy Reed alzó los brazos jubiloso.

Inició veloz carrera hasta desaparecer tras los cortinajes.

El ver mover aquellas tres piernas originó carcajadas en el público.

Los focos que iluminaban la pista volvieron a apagarse. Sólo quedó uno de ellos.

Centrado sobre Ken Jeffries y el ataúd de cristal.

El deforme gnomo siguió deambulando alrededor de la vitrina.

Devorando con lasciva mirada a la bella durmiente.

Se detuvo.

Sus manos, diminutas y gruesas, se posaron sobre la tapa. La deslizó descubriendo el ataúd. Quitó los pasadores acoplados en las esquinas abatiendo las cuatro hojas del contorno.

El cono de luz opalescente dirigido sobre la pista se tornó rojizo.

Aquello pareció incrementar la deformidad de Ken Jeffries.

Se arrodilló próximo a Brenda.

Tendió sus grotescas manos hacia la muchacha. Murmurando entrecortadas palabras obscenas.

La transparente túnica de Brenda se anudaba sobre los hombros.

Ken Jeffries no perdió el tiempo.

Rasgó la tela hasta la cintura.

Descubriendo los sinuosos senos femeninos.

Extendió hacia ellos sus temblorosas manos.

—¡No la toques, engendro de Satanás!

La súbita voz, convenientemente amplificada por los sistemas de megafonía, sobresaltó a gran parte del público escuchándose numerosos gritos.

Chuck Busey surgió fantasmal en el centro de la pista.

El rojizo foco mostraba aún más repulsivo su horripilante rostro.

—¿Quién eres?...

—Eso no te importa, maldito enano —rugió Busey—. ¡Apártate de esa mujer! ¡Me pertenece!

—¡No consentiré que...!

—¡Aparta!

Chuck Busey empujó al gnomo.

Ken Jeffries giró varias veces sobre sí en un alarde de acrobacia. Quedó en

el suelo. Vociferando en demanda de ayuda,

Chuck Busey se inclinó sobre la muchacha.

Su boca, aquella deforme y nauseabunda oquedad, besó los labios de Brenda.

Y la joven despertó.

Su alarido de terror no pareció fingido.

Intentó huir, pero Busey se abalanzó sobre ella arrebatándole la túnica.

A los desgarradores gritos de Brenda respondía con desaforadas carcajadas. Buscó de nuevo los labios femeninos. Tendiendo sus ávidas manos hacia el escultural cuerpo de la mujer.

Se iluminaron los focos.

Coincidiendo con la aparición de los seis enanos que, junto con Ken Jeffries, se lanzaron sobre Chuck Busey.

—¡Muerte a la Bestia!... ¡Muerte!... ¡Muerte!

El público presenciaba casi sin respirar la alucinante batalla.

Siete deformes enanos contra el aún más monstruoso Busey. La pelea parecía real. Los golpes, por supuesto estudiados, eran de gran efecto. Todo ello unido a gritos, maldiciones y blasfemias.

El espeluznante show alcanzó su clímax con la aparición de un nuevo personaje.

George Wiseman.

El Hombre-Tronco.

Un individuo sin brazos ni piernas.

Un tronco humano rampando por el suelo como un gigantesco gusano. Y en el extremo de ese tronco una cabeza que se alza para evitar comer el serrín de la pista.

El Hombre-Tronco avanzó hacia Brenda.

Los enanos y Chuck Busey continuaban su feroz lucha.

La orquesta, ensordecedora, no conseguía acallar los gritos y maldiciones de los contrincantes.

El público difícilmente controlaba su horror.

El Hombre-Tronco ya estaba sobre la muchacha.

Fue en ese momento cuando Jessica abandonó el palco. Precipitadamente. Sin pronunciar palabra alguna.

Mickey Dempsey salió tras ella.

Le dio alcance ya en el túnel.

—Discúlpame, Mickey. Yo no...

El agente del F.B.I, sonrió tendiendo su brazo derecho por los hombros de la muchacha.

—No debes disculparte, pero espero que te sirva de lección. Así aprenderás a seguir los consejos de tus mayores. No quería que me acompañaras, ¿recuerdas, Jessica?

Ya estaban en el exterior del circo.

Fuera de la lona.

Jessica respiró con fuerza.

—No podía imaginar... Es horrible, Mickey. Un degradante espectáculo que inspira horror, repugnancia... y compasión. Esos infortunados seres... Los monstruos no sólo están en la pista, sino también en las gradas. Disfrutando morbosamente del espectáculo. ¡Es vergonzoso!

Llegaron al parking.

Junto al Mercury.

Mickey Dempsey le dio las llaves del auto.

—No puedo acompañarte a casa, Jessica.

—Pero...

—Lo lamento, pero no puedo darte ninguna explicación.

La joven asintió.

En débil movimiento de cabeza.

—De acuerdo, Mickey. No necesito el auto. Iré dando un paseo hasta casa. ¿Te espero?

—No te prometo ir, Jessica.

—Te esperaré. Mañana me voy de Kempsville. No quiero partir sin tu carta de recomendación para el Burlington Club.

—Cuenta con ella.

Jessica se aupó para besar al G-Men en la comisura de los labios.

—Hasta luego, Mickey.

—Adiós, pequeña.

Jessica se alejó caminando hacia la Blyth Avenue.

El agente del F.B.I, la siguió con la mirada.

Ya no volvería a ver jamás a Jessica.

Ni viva ni muerta.

# CAPÍTULO VIII

Ya había terminado la función.

Luminosos y bombillas multicolores eclipsados.

La oscuridad de la noche envolvía el Blyth Center.

Ken Jeffries, Thimothy Reed, Martha Ekland y demás componentes de la siniestra troupe recluidos en sus respectivos roulottes. En la zona prohibida.

—¿Aún por aquí, Dempsey?

El G-Men apartó el cigarrillo de los labios.

—Ya me disponía a marchar, Weston. Estoy fascinado. Este silencio, cuando hace apenas un par de horas reinaba el más ensordecedor bullicio, es sobrecogedor. Más impresionante que el mismísimo show.

—¿No le ha gustado?

—¿Gustar? ¿A quién puede agradar semejante cúmulo de atrocidades? He oído los comentarios del público. Todos mostraban su repulsa.

—Por supuesto. El alcalde y su esposa eran de los que más protestaban. Por cierto... El alcalde ya ha reservado el palco para la función de mañana. Acudirá sin su mujer. Quiere contemplar más detenidamente el número fuerte del programa. Cuando la Bestia vence a todos sus contrincantes y logra seducir a la Bella.

Dempsey sonrió.

—No dudo que mañana se agotarán de nuevo las localidades. Es de gran impacto admirar la belleza de Brenda en contraste con... con lo demás. Brenda debe ser una mujer de carácter.

—Cierto. Fue una gran suerte contratarla. Lleva pocos días con nosotros. No es fácil encontrar candidatas para semejante número. Ni pagando fabulosos sueldos consigo retenerlas por mucho tiempo. Es algo que...

Un súbito aullido cortó las palabras de Doug Weston.

Fue un aullido lastimero.

Gutural.

De inmediato fue contestado por los aullidos de Gawky desde la menagerie.

El rostro de Weston se ensombreció.

—Disculpe, Dempsey. Buenas noches.

Weston se alejó presuroso.

El agente del F.B.I, aplastó el cigarrillo.

Esperó unos minutos antes de seguir tras los pasos de Weston. Realizó un breve rodeo.

Amparado por las sombras de la noche. Buscando las zonas no iluminadas.

Doug Weston se había introducido en la roulotte del Chevrolet «Blazer».

La ocupada por su hijo Ronald.

Todas las ventanas de la roulotte protegidas por velados cortinajes.

Mickey Dempsey se pegó al vehículo.

Imposible oír la voz de Doug Weston, pero sí los espeluznantes alaridos de Ronald. Sus guturales gemidos. Infrahumanos sonidos que de inmediato encontraban respuesta en Gawky.

Sí.

Ronald y el perro de tres cabezas parecían comunicarse.

Dempsey abandonó el lugar encaminándose ahora hacia la zona prohibida. No llegó a saltar la valla protectora, limitándose a inspeccionar los alrededores. Todas las roulottes, a excepción de la perteneciente a Ken Jeffries, sin luz en el interior.

El G-Men retornó sobre sus pasos.

Alejándose de la explanada.

Llegó al parking.

Minutos más tarde frenaba el Mercury frente a la entrada del Mayflower Hotel.

Lukas estaba tras el mostrador de recepción.

—¿Está abierto el bar? — inquirió Dempsey, mientras recogía su llave.

—Sí, señor.

Mickey Dempsey ya conocía la respuesta.

Se había citado allí con Brenda.

El bar se emplazaba contiguo al salón social de la planta baja.

Reducido y acogedor.

Ningún cliente en la barra.

Dempsey se acomodó en uno de los taburetes en espera de que el barman, único empleado visible, acudiera a servirle.

—Buenas noches, señor.

—Un whisky, muchacho —Dempsey extrajo la cajetilla de Pall Mall—. Doble. Dicen que ayuda a dormir.

Al fondo del local, paralelamente al mostrador, se situaban las mesas.

Y en una de ellas Brenda.

También única cliente.

Mickey Dempsey simuló descubrir la presencia de la muchacha.

—Cárgalo en mi cuenta, muchacho —dijo al barman, tomando el vaso de whisky—. También la consumición de la señorita Sharp. Habitación 404.

—Muy bien, señor.

Se dirigió hacia la mesa ocupada por su bella compañera del F.B.I.

—Hola, Brenda. ¿Puedo sentarme?

La mujer se encogió despreocupadamente de hombros.

El barman desapareció del mostrador.

Aquello hizo cambiar el gesto de Brenda.

—Llevo cerca de una hora esperándote, Mickey.

—Me entretuve con los aullidos de Ronald.

—¿Otra vez? —Se extrañó Brenda—. Hoy no hay luna llena...

—¡Al diablo con eso! ¿Crees acaso que se convierte en hombre lobo? Ronald es un enfermo mental. Esta tarde entré en su roulotte. Ronald me

indicó que le ajustara las manoplas y, para demostrarme su agradecimiento, intentó liquidarme.

—¿Ronald?... Siempre se ha mostrado pacífico.

—¡Seguro! Por eso sus manos artificiales llevan estiletes.

—Esas manos artificiales le ayudan a superar su desgracia. Se desenvuelve bien con ellas. Controlando sus diferentes resortes. Las hojas metálicas las utiliza para trabajar la madera. Hace pequeñas figuras y...

—Intentó matarme, Brenda. Para defenderme tuve que dejarle sin sentido.

—Puede que se lo diga a Weston.

—¿Por señas?

—Ronald puede escribir perfectamente con esas manos artificiales. Así se relaciona con todos. El primer día de mi llegada le vi deambular por todo el circo. También al día siguiente, pero luego se encerró en su roulotte. Doug Weston prohibió que se le molestara. Estos tres últimos días no le he visto. Sólo escuché sus espeluznantes aullidos. Ayer, durante el viaje, no cesó de aullar como un lobo herido.

—¿Por qué no duermes en el circo? Te resultaría más fácil investigar si...

—Ya lo intenté —interrumpió Brenda—. Le sugerí a Doug Weston comprar una roulotte, pero se negó. Dijo que él me pagaría el hotel. En los desplazamientos voy en el auto del propio Weston. Este, muy diplomáticamente, me ha aconsejado que no frecuentara las roulottes de los... artistas.

—Esto va a resultar complicado. Lo ideal sería permanecer en el circo día y noche.

—Lo intenté en un par de veces, Mickey. No insistí más para no despertar sospechas.

—Has hecho bien. No resulta lógico que desees dormir allí. Lo intentaré yo en Brownwood. Simulando no querer registrarme en ningún hotel. Doug Weston cree que tengo problemas con la policía.

Brenda mesó sus largos cabellos. Nerviosamente,

—Mickey...

—¿Sí?

—Empiezo... empiezo a dudar. ¿No estaremos por el camino equivocado? Asesinatos a sueldo, drogas, trata de blancas... son crímenes que no relaciono con el Circo del Horror. Todas las hipótesis y coincidencias razonadas por el F.B.I, me convencieron; pero ahora, sobre el terreno, empiezo a dudar.

—No te desanimes, Brenda. Si son culpables no tardarán en actuar de nuevo y entonces caeremos sobre ellos. Hasta ahora no...

Dempsey se interrumpió.

Sobresaltado por el estruendo procedente del salón social. También se escucharon algunos gritos.

Y una desaforada carcajada.

—Ahí tenemos a Chuck Busey — comentó Brenda —. De seguro que ha asustado a alguna pobre mujer. Mickey Dempsey se incorporó.

—No debe vernos juntos. Hasta mañana, Brenda;

Cuando el agente del F.B.I, pasó al salón contiguo vio como una mujer de avanzada edad era depositada inconsciente sobre un sofá. El director del hotel se disculpaba torpemente ante las airadas protestas de un individuo.

Dempsey, guiado por las carcajadas, llegó a la sala de recepción.

Y allí estaba Chuck Busey.

Atemorizando al pálido Lukas.

—¡La llave, maldita sea! — Busey, al descubrir la presencia del G-Men, redobló sus carcajadas—. ¡Infiernos, Mickey! ¿De dónde sales?

—He tomado un trago en el bar.

—Esa era también mi idea, pero coincidí con una estúpida vieja que se desmayó al verme. Su marido me arrojó un jarrón y el director del hotel ha prohibido que pase al bar. Estoy tentado de...

—Tranquilo, Chuck.

—Sí... Doug ya me ha advertido. Nada de complicaciones en Kempsville. El sheriff es un mal bicho. Me iré a dormir.

—¿Estás herido?

Busey había tendido su diestra sobre el mostrador para coger la llave. En su mano derecha se dibujaban tres sanguinolentos surcos que iban desde la muñeca a los nudillos.

—¿Cómo?... ¡Ah!... no me había dado cuenta... Son unos simples arañazos. Le diré a Ken y a sus engendros que se corten las uñas.

—Dudo que sean de tu actuación en el circo, Chuck. Son arañazos muy recientes. Aún están sangrando.

Busey se envolvió la mano con un pañuelo.

—Tal vez ese viejo al arrojarme el jarrón... Es tan superficial que ni me percaté de ello.

Buenas noches, Mickey.

Dempsey quedó en el mostrador.

Contemplando como Chuck Busey se introducía en uno de los elevadores.

Fue tras él.

Decidido a controlar todos los movimientos de Busey.

El agente del F.B.I, disponía de medios técnicos para una eficaz vigilancia. Lo triste es que Chuck Busey ya había actuado.

# CAPÍTULO IX

La función había terminado.

El público comenzó a abandonar sus asientos.

Chuck Busey salió precipitadamente de los vestuarios para dirigirse al barracón donde se había instalado la menagerie.

Phillips Warden, el encargado de alimentar a los animales, custodiaba la entrada.

—¿Y bien? — inquirió Busey.

Phillips Warden sonrió.

Era un individuo de blanquecino rostro. Ojos amarillentos. Su enteca figura acentuaba su enfermizo aspecto.

—Ha habido suerte, Chuck. Tu chica resultó ser una buena candidata. Se llama Jessica Connor. Sola y sin familia. Trabajaba como *chorus-girl* en un club, pero se despidió. Tenía proyectado abandonar Kempsville.

—¿Has conseguido...?

—Seguro. ¿Acaso he fallado alguna vez? Resultó sencillo. Esperé a que llegara a su casa y...

—¿Dónde está, maldita sea?

En el lugar de costumbre, Chuck. ¿Aviso a Ken?

Busey no pareció oír la pregunta.

Se alejó a grandes zancadas.

Encaminando sus pasos hacia los gigantescos trailers estacionados a unas trescientas yardas del Blyth Center. En un descampado.

Los vehículos alineados.

Chuck Busey se detuvo frente al tercero de ellos.

De ágil salto se encaramó sobre los salientes existentes en la parte posterior. Sus manos aferraron las agarraderas de la puerta. La larga barra de hierro de seguridad estaba libre del candado y demás cierres.

Busey entreabrió la doble hoja metálica hasta permitir su paso al interior del tráiler.

Cerró tras de sí.

Una lámpara de gas iluminaba la estancia. Parecía acolchada. Varios departamentos, en forma de literas, se emplazaban a ambos lados. En aquel tráiler, ahora totalmente vacío, se transportaba el material más frágil y delicado del circo.

Jessica yacía en el suelo.

Sobre una lona.

Las manos atadas a la espalda. También sus tobillos sujetos por una cuerda. Una cinta adhesiva taponaba su boca. En los ojos de la muchacha se reflejaba un indescriptible terror.

Chuck Busey sonrió.

Sí.

Aquella contracción en su repulsiva boca fue una sonrisa.

—Hola, nena... Jessica... Imploré a todos los diablos del Averno para que fueras una buena candidata. Me gustaste desde el primer momento...

Busey se arrodilló junto a la joven.

—Voy a soltarte...

Las manos del monstruo porfiaron en los nudos de los tobillos. Quitó la cuerda. Su diestra subió acariciadora deteniéndose sobre la rodilla izquierda de Jessica. Percibió el estremecimiento de la muchacha.

—¿Qué te ocurre? —Rió la Bestia—. Se te ha puesto la piel de gallina. Tu fina y bronceada piel...

La mano de Busey prosiguió su avance.

Segundos más tarde el slip de la joven quedaba entre las manos de Chuck Busey. Lo depositó en el bolsillo interior del tráiler.

—Será un bonito recuerdo, nena. Sigamos...

Colocó a Jessica de bruces para poder quitarle las ataduras de la espalda.

La muchacha, apenas vio libre sus manos, reaccionó con un valor avalado por su infinito terror.

Empujó a Busey a la vez que se incorporaba corriendo veloz hacia la metálica puerta del tráiler.

—No te molestes, nena —rió Chuck Busey, desde el suelo —. Sólo se puede abrir desde el exterior.

Jessica, después de manipular inútilmente sobre la doble hoja, empezó a golpear la puerta con los puños.

Giró la cabeza.

Contemplando como la Bestia se levantaba lentamente.

Jessica gritó.

Con todas sus fuerzas.

Y su angustioso alarido resonó ensordecedor en el interior del tráiler.

Unido a la satánica carcajada de Chuck Busey.

—Eso es, muñeca... Grita... grita... Nadie puede oírte a través de estas paredes aislantes. Grita... te relajará...

—Por favor... déjeme marchar...

—¿Marchar?... ¡Oh, sí!... Seguro. Con una sola condición. Un beso. Tu libertad por un beso. ¿Qué respondes?

La boca de Busey, aquel nauseabundo orificio sin labios, se cerró acentuando así la deformidad de su rostro. Unas facciones en carne viva requemadas por el ácido. Con aquel único ojo que destacaba maligno. La cuenca derecha vacía y bordeada de reseca pústula...

La mueca de Jessica fue elocuente.

—Sientes repugnancia, ¿verdad, nena? Tú y todas... Ni la más despreciable de las rameras me acepta. Fue una mujer la causante de mi desgracia, Jessica. Involuntariamente me convirtió en un monstruo. Luego, incapaz de soportar la horrible visión de mi rostro, me abandonó; pero de eso ya hace mucho tiempo. Ven, muñeca, ven...

La Bestia tendió su diestra.

La muchacha quiso empujarle de nuevo, pero ahora no tuvo éxito. Busey aguantó la embestida atenazando a Jessica por las muñecas. De brusco giro la hizo caer al suelo. Con violencia.

Se abalanzó sobre ella.

Desgarró el vestido de arriba a abajo.

Las mutiladas facciones de Busey parecieron adquirir vida propia en un repulsivo palpitar. El ojo izquierdo brilló lascivo. Admirando la perfección del cuerpo femenino. Las caderas, el liso vientre, la turgencia de los senos...

—Eres maravillosa...

Jessica volvió a gritar.

Debatiéndose en desesperado forcejeo.

Chuck Busey, al tratar de inmovilizarla, recibió el arañazo en la mano derecha. Tres surcos sanguinolentos se dibujaron en el dorso.

—Maldita... ahora te domaré...

Empezó a abofetear el rostro de la joven.

Con ambas manos.

Salvajemente.

La cabeza de Jessica iba de un lado a otro acusando los golpes.

Quedó aturdida.

Borrosamente, entre tinieblas, vio como Chuck Busey procedía a despojarse de la chaqueta del smoking. Segundos más tarde percibió el rostro de la Bestia próximo al suyo.

El nauseabundo aliento de su boca. Sus manos acariciándola brutalmente...

Jessica cerró los ojos.

En un vano deseo de escapar de aquel horror.

* * *

La doble hoja de la puerta se entreabrió. Asomó la deforme cabeza de Ken Jeffries.

—Chuck...

—¡Fuera, enano! —Gritó Busey, furioso—, ¡Aún no te he llamado!

Aquellas voces hicieron que Jessica abriera los ojos.

Chuck Busey terminaba de ajustarse el smoking. De espaldas a la muchacha. Avanzó hacia la puerta.

Ken Jeffries estaba colgado de uno de los, salientes.

La Bestia lo cogió en vilo.

Como si fuera un pelele.

—Ahí la tienes, Ken. Y no vuelvas a espiarme o te pisaré como a una cucaracha.

—Yo no... yo no...

—¡Al diablo contigo! —Busey saltó del vehículo, cerrando seguidamente la doble hoja metálica.

El jorobado gnomo fijó su mirada en Jessica. Una mueca de lujuria se reflejó en su rostro.

Avanzó.

Cojeando.

—¿Te ha pegado?... Yo no lo haré... No lo haré si tú eres buena conmigo... Me llamo Ken... ¿Y tú?

—Por piedad... déjeme marchar...

Jeffries rió.

Su desproporcionado labio colgante inició un repulsivo movimiento que culminó con la caída de un hilillo de baba.

No seguro de sus fuerzas ató las manos de Jessica al saliente más cercano.

—Fue en Craig City. ¿O en Pryor Creek?... No, en Kingsville. La chica también parecía desvanecida como tú. Débil y sin fuerzas. Me engañó bien. Se levantó y la emprendió a golpes conmigo. Hasta dejarme sin sentido. Mi enanismo, el pie, la joroba... me convierten en un pelele. Desde lo ocurrido en Kingsville tomo precauciones. No es que puedas escapar, pero no quiero perder mi tiempo.

—No... por piedad... —la voz de Jessica era un susurro apenas audible—. No...

Ken Jeffries no pareció oír las súplicas.

Sus diminutas y gruesas manos se habían volcado sobre los senos femeninos.

Ávidas.

Temblorosas.

Apoyó su deforme cabeza sobre el busto de Jessica.

El labio inferior, aquel viscoso y babeante pliegue de carne, semejaba a una nauseabunda babosa.

Ken Jeffries jadeó atenazando los cabellos de la joven. Inmovilizando su cabeza para así conseguir besarla en la boca.

Fue entonces cuando se escuchó aquel sonido metálico.

Jeffries dio un respingo.

Torpemente se incorporó apartándose de Jessica.

Fijó su mirada en la puerta.

—Está ahí... el muy maldito ya está ahí... El infierno lo...

El gnomo se interrumpió al ver abrir la doble hoja.

Se hizo a un lado.

Respetuosamente.

Borrando toda irritación de su rostro.

Ronald Weston avanzaba como un autómata. Con los brazos rígidos. Levemente alzados.

Ken Jeffries abandonó el vehículo.

El joven Weston no pareció prestarle la menor atención. Ni tan siquiera se dignó a mirarle. Cerró la puerta. Con ayuda de las manoplas. Dos salientes en el extremo las convertían en tenazas.

Jessica, hasta entonces ya resignada a su suerte, volvió a experimentar un infinito pánico.

Sí.

Inexplicable el horror procedente de Ronald.

En un joven atractivo cuyo único defecto eran aquellas manos metálicas.

Pero el horror estaba en sus ojos.

Dotados de un brillo infernal.

—¿Quién eres...? —Balbució, Jessica—. Ayúdame... tú no eres como ellos, ayúdame...

Ronald abrió la boca.

Como si fuera a responder a la muchacha, pero ningún sonido brotó de su garganta. Jessica descubrió la mutilada lengua.

Y también los dientes.

Largos y afilados.

Extremadamente afilados.

Ronald pulsó alternativamente los resortes de sus manoplas. Se ocultaron las tenazas para ser sustituidas por una cortante hoja.

Se inclinó sobre Jessica.

Y la muchacha gritó en desgarrador alarido. Hasta enronquecer. Con los ojos desorbitados por el terror.

Sil grito quedó bruscamente cortado transformándose en ahogado estertor.

La hoja de la mano izquierda se había hundido en la garganta de Jessica. En toda su longitud. La sangre comenzó a manar a borbotones.

Ronald actuó ahora con el cuchillo derecho.

La hoja se hundió bordeando el seno izquierdo de Jessica. Trazando un círculo. Volvió a repetir la órbita.

Una y otra vez.

Ahora ayudado por la otra hoja.

Cuando el palpitante corazón de Jessica quedó visible, las facciones de Ronald se transfiguraron. Sus dientes asomaron aún más.

Cortó la vena cava superior, la inferior, las suprahepáticas...

Acto continuo ensartó el corazón para llevárselo a la boca y devorarlo con satánico deleite.

* * *

Phillips Warden consultó el reloj.

—Falta una hora para el amanecer.

—Lo sé —murmuró Doug Weston, con la mirada fija en el tráiler—. Ya no debe tardar.

En efecto.

A los pocos minutos se abría la puerta del vehículo.

La aparición de Ronald fue alucinante. La sangre no solo cubría las manoplas, sino que le llegaba hasta el codo. La boca también manchada de

sangre, la barbilla...

—Hazte cargo de todo, Phillips. Yo me llevaré a Ronald.

—De acuerdo.

Doug Weston tomó a su hijo por el brazo.

Enfilando hacia el circo.

Perdiéndose en la oscuridad de la noche.

Phillips Warden, antes de entrar en el tráiler, extrajo una plana botella de whisky.

Bebió largamente.

Aquello le ayudaba. Ya tenía que estar acostumbrado, sin embargo...

Sí.

Resultaba difícil acostumbrarse a aquello.

La cabeza de Jessica había sido seccionada. Los ojos arrancados de las cuencas. El corazón extirpado. También había desaparecido el hígado. Del brutal corte realizado en el vientre sobresalían los intestinos.

Warden envolvió el ensangrentado cadáver con la lona.

Lo arrastró fuera del tráiler.

Con su macabra carga se encaminó hacia la menagerie.

Allí desaparecería para siempre el cuerpo de la infortunada Jessica.

# CAPÍTULO X

Mickey Dempsey succionó repetidamente el cigarrillo.

—No está, Brenda. ¡Ha desaparecido!

—Creo que imaginas demasiado. Por lo que me has contado conociste a la tal Jessica el primer día de tu llegada, pernoctó contigo en el hotel, ayer cena juntos y despedida al salir del circo. Fue un simple flirt. Si tenía decidido marchar a Dallas, ¿por qué iba a esperarte?

—No se hubiera marchado sin mi carta de recomendación para el Burlington Club. Estaba muy ilusionada con ella. Además, he entrado en la casa. Todo está conforme quedó ayer noche después de la cena. Las maletas siguen en su sitio, el armario repleto de ropa... Sólo falta un vestido. Un vestido camisero estampado. El que llevaba ayer a la salida del circo.

El rostro de Brenda se ensombreció.

—Nadie abandona su casa sin llevarse sus pertenencias. ¿Qué hacemos, Mickey?

—Ya han actuado — dijo Dempsey, apretando con fuerza las mandíbulas —. Es lo que estábamos esperando, ¿no? ¡Pues ahora voy a aplastarles!

—Tenemos que conseguir pruebas, Mickey. No podemos...

Brenda enmudeció ante el súbito frenar del auto.

Se trataba del jeep del sheriff.

Oliver McEnery descendió del vehículo aproximándose a la mesa que Dempsey y Brenda ocupaban en la terraza del Mayflower Hotel. Bajo un toldo que les protegía de los rigores del sol.

—Soy el sheriff de Kempsville. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Por supuesto — respondió el G-Men.

—Empiece por decirme su nombre.

—Eso es fácil. Me llamo Mickey Dempsey.

—¿Puede demostrarlo?

El agente del F.B.I, extrajo de uno de los bolsillos de la chaquetilla el permiso de conducir.

McEnery se lo devolvió después de examinarlo.

—¿Qué hacía esta mañana en el domicilio de Jessica Connor?

—Estaba citado con ella.

—¿De veras?... Es curioso. ¿Le abrió Jessica la puerta?

—No. Al comprobar que no respondía a mí llamada entré por la puerta trasera.

—Le vieron unos vecinos, Dempsey. Permaneció largo tiempo en la casa. Si Jessica no estaba ¿por qué se demoró? ¿Se dedicó a buscar dinero?

—Oiga, sheriff...

—¡Escuche usted, Dempsey! — interrumpió McEnery, secamente —. Jessica no pudo citarle dado que pensaba abandonar Kempsville. Lo hizo de buena mañana.

Mickey Dempsey arqueó las cejas.

Después de intercambiar una rápida mirada con Brenda fijó sus ojos en el representante de la Ley.

—¿La vio usted marchar, sheriff?

—No, pero estaba en el Banco cuando llamó Jessica. Habló con el director. Le pidió información para trasladar su cuenta corriente a un Banco de Dallas.

—¿Por qué no se informó directamente?

—Jessica no llamaba desde Kempsville. Había hecho autostop. Se encontraba ya en Carlton City.

—¿Sin su equipaje? Dejó todo en la casa, sheriff. De ahí que me quedara unos minutos esperándola. No podía imaginar que se hubiera marchado sin llevarse nada.

—¿Y usted, Dempsey? ¿Se llevó algo de allí? Jessica comentó que, después de instalarse en Dallas, volvería a retirar sus cosas y vender la casa. Quiero que cuando regrese encuentre todo tal como lo dejó.

—¿Me está acusando de robo, sheriff?

Oliver McEnery sonrió.

—Aún no, amigo. Me pasaron una denuncia. Un individuo introduciéndose en el domicilio de Jessica Connor. Un tipo que se largó en un viejo Mercury. Le he localizado y, como sus explicaciones no me convencen, voy a registrar su habitación. Acompáñeme.

Dempsey se encogió de hombros.

Después de dedicar a Brenda una sonrisa, siguió al sheriff.

Poco más tarde el propio Oliver McEnery abría la puerta de la habitación.

Vació la mochila.

—¿Este es todo su equipaje, Dempsey? ¿Esta basura?

—¡Ahá! Soy un hombre sencillo.

—No me gusta su aspecto, amigo. Procure no prolongar su estancia en Kempsville.

Buenos días.

Mickey Dempsey quedó solo en la habitación.

Pensativo.

Aquella llamada de Jessica al Banco...

El G-Men descolgó uno de los cuadros de la pared. Allí había instalado un «escucha» que le permitió oír todo cuanto acontecía en la habitación contigua. Lo desconectó.

De poco había servido aquella vigilancia sobre Busey.

Ordenó de nuevo todas sus pertenencias en la mochila.

Al abandonar la habitación se cruzó con el botones que salía de la estancia de Chuck Busey.

—Buenos días, señor.

—Hola, Marty. ¡Eres un verdadero héroe!

El muchacho rió nerviosamente,

—La Bestia no está en 1a habitación. Dudo que me hubiera atrevido a

entrar estando él. Sólo le he llevado el smoking. Lo mandó limpiar. Creo que en el fondo es un pobre hombre. ¿Sabe una cosa? — la voz de Marty se hizo confidencial—. Me lo ha dicho Lauren, la mujer de la tintorería. Antes de someter a la limpieza en seco de cualquier prenda mira los bolsillos por si queda algo olvidado. No puede imaginar lo que encontró en el bolsillo del smoking de Busey.

—¿Una máscara de Travolta?

Marty rió ahora más relajado.

—Una prenda femenina. Una prenda... íntima, ¿comprende?

Dempsey entornó los ojos.

Marty, que esperaba algún comentario, añadió:

—Sin duda la dejó allí deliberadamente. Para hacer creer que había estado con una mujer. ¡Pobre hombre! Ninguna se atrevería a...

—¿Dónde está esa prenda, Marty?

—En el mismo bolsillo. Lauren la dejó allí. Como si no la hubiera visto, El G-Men tendió un billete de diez dólares.

—Yo sí quiero verla.

El botones bizqueó.

—¿Por... por qué? ¿Es usted fetichista?

—Correcto. Soy un pervertido de ésos. ¿Aceptas o no?

—¡Seguro!

Marty extrajo el llavero de duplicados.

Abrió la habitación 403.

El smoking estaba sobre el lecho. Protegido por una funda de plástico.

Mickey Dempsey rebuscó en los bolsillos de la chaqueta.

Allí estaba.

Una prenda íntima femenina. En tul de nylon blanco. El calado de encajes formando diminutas estrellas.

Dempsey estrujó entre sus manos la fina prenda.

Dominado por la ira.

Sí.

Estaba seguro.

Aquella prenda pertenecía a Jessica.

* * *

El grupo de melenudos salió algo decepcionado de la menagerie.

Después de sacar varias bolsas de comida de las máquinas tragaperras, las ratas del foso no se habían mostrado muy voraces. Sam y Tom, los dos leones unidos por la cabeza, tampoco parecían hambrientos.

—Hoy he dado a todos los animales doble ración —dijo Phillips Warden —. Así es más fácil el traslado a las caravanas. Dentro de una hora procederemos a desmantelar el pabellón. ¿Cuento con tu ayuda, Mickey?

Dempsey, con la mirada fija en el artificial pozo de ratas, alzó la cabeza.

—¿Cómo dices...? Ah, sí... Llámame cuando me necesites.

El G-Men salió de la menagerie.

Con las facciones levemente pálidas.

A su mente había acudido una alucinante hipótesis que quería a toda costa rechazar. Era demasiado satánica.

No.

No podía ser cierta.

Mickey Dempsey fue requerido por el capataz.

Paralelamente a la preparación de la función de noche se iban ultimando las operaciones de traslado. El barracón del menagerie desmantelado y los animales conducidos a los trailers. De nuevo voluntarios de Kempsville colaboraron en el trabajo.

Las roulottes acopladas a sus respectivos autos y dispuestas para la marcha.

Apenas terminaba la representación de la noche se procedió a bajar la carpa.

Mickey Dempsey intentó por todos los medios establecer contacto con Brenda; pero sin éxito. La joven agente del F.B.I, resultó inaccesible. Doug Weston no se separó de ella ni un solo instante.

Algunas de las roulottes ya iniciaron la salida. Junto con los trailers ya ultimados. El equipo encargado de desmontar el circo sería el último en abandonar Kempsville.

—Oye, Chuck... ¿a qué hora empezará la instalación en Brownwood?

—Calculo que el último de los trailers llegará ya entrada la mañana; pero nosotros estaremos allí mucho antes. La instalación comenzará después del almuerzo. Todos necesitamos descanso, Mickey.

El G-Men sonrió.

—Bien. Entonces tengo tiempo. Haré un alto en el rancho de Rosemary. Está a pocas millas de aquí. Procuraré estar en Brownwood cuando se inicie el trabajo.

—¿El rancho de Rosemary?

Los ojos de Dempsey adquirieron un malicioso brillo.

—¿No lo conoces? Las mejores chicas de Texas. El más elegante y discreto burdel. ¿Por qué no me acompañas?

—No quiero sembrar el terror entre esas furcias.

—¡Tonterías! Conozco bien a Rosemary y sus chicas. Son profesionales. Bueno... puede que contigo utilicen la tarifa especial, pero no dudes que serías bien recibido. Siempre que lleves los bolsillos repletos de dólares.

—No, Mickey. Ya lo he intentado en otras ocasiones.

—No en el rancho de Rosemary. Incluso creo adivinar quién sería tu chica. Judith. Una mulata con muchas curvas. Una diosa de ébano. ¿Qué te ocurre, Chuck? ¿Eres racista?

—Se desmayaría apenas verme.

—No conoces a las chicas de Rosemary. En especial a Judith, Oye...

¿apuestas mil dólares? Si eres rechazado ganas mil dólares. ¿De acuerdo?

Busey ya no dudó más.

—Tengo mi equipaje en el auto de Kellaway. Voy a avisarle de que puede marchar sin mí.

—¡Magnífico!

Mickey Dempsey se introdujo en el Mercury arrojando la mochila al asiento trasero.

Vio pasar el Chevrolet conducido por Doug Weston. Brenda a su lado. Y en la roulotte Ronald Weston.

—¡Ya estoy aquí, Mickey! —exclamó Busey acomodándose junto al G-Men—. ¡Cuando quieras!

Dempsey inició la marcha.

Contrariamente a la dirección tomada por el resto del convoy, enfiló por la Blyth Avenue atravesando de parte a parte la ciudad.

Kempsville quedó atrás.

—¿Es mucha la distancia, Mickey?

—Unas cinco millas.

El agente del F.B.I, se adentró por una comarcal para, poco más tarde, desviarse por un camino sin asfaltar.

La indicación de «camino cortado», iluminada fugazmente por los faros del auto, no pasó inadvertida para Busey.

—¡Eh, Mickey! ¿No has leído eso? ¡Es un camino cortado!

—Tranquilo, Chuck —el G-Men frenó el auto. Desconectó el motor, aunque dejó los focos encendidos—. Conozco bien el camino, pero antes de seguir quiero hacerte una advertencia. No podrás quedarte con el slip de Judith.

Las horrendas facciones de Busey se crisparon acentuando el tono verdoso. El ojo parpadeó.

—No comprendo...

—Olvidaste algo en tu smoking, Chuck. Algo que yo reconocí. ¿Dónde está Jessica?

—¿Te has vuelto loco? No sé de qué...

—Es inútil seguir fingiendo, Bestia. Soy agente del F.B.I. ¿Comprendes ahora?

—¡Maldito!

La exclamación de Chuck Busey fue un auténtico rugir.

Se abalanzó sobre Dempsey.

El G-Men esperaba el ataque. Lo rechazó con el codo.

Un golpe de karate. En plano horizontal hacia el plexo solar.

El impacto proyectó a Chuck Busey contra la portezuela.

Abrió desmesuradamente su nauseabunda boca.

En busca de aire.

Mickey Dempsey extrajo de un compartimento oculto del salpicadero un Smith & Wesson. Un 44 Magnum Special.

Extendió el brazo.

Apoyando el cañón en la frente de Busey.

—¿Dónde está Jessica?

—No lo sé... no sé nada de...

El movimiento de Dempsey fue rápido.

Descargó violentamente el cañón del revólver sobre el mutilado rostro de Busey. Este aulló de dolor.

—No voy a repetir la pregunta, bastardo. ¿Dónde está Jessica?

Súbitamente quedaron iluminados por los cegadores faros de un auto.

Mickey Dempsey giró instintivamente la cabeza hacia el cristal trasero.

Aquello fue aprovechado por Busey para desviar el arma y lanzarse furioso sobre el G-Men.

Un auto embistió al Mercury.

El impacto hizo que Dempsey y Busey, entrelazados en feroz forcejeo, se golpearan contra el salpicadero.

Se escuchó un disparo.

El agente del F.B.I, percibió el espasmo de Busey. Su rostro, muy próximo al de Dempsey, se desencajó en monstruosa mueca. Del repulsivo boquete de su boca empezó a vomitar sangre.

Mickey Dempsey aprisionado por el cuerpo del individuo, trató de incorporarse.

—Tranquilo, Mickey —dijo una voz—. Nosotros te ayudaremos.

Doug Weston y Phillips Warden.

Cada uno asomado por una ventanilla del Mercury.

Ambos encañonando a Dempsey con un arma.

# CAPÍTULO XI

Chuck Busey quedó sobre la cuneta.

—Está muerto, Doug — dijo Phillips Warden.

Weston chasqueó la lengua.

Fija su mirada en el agente del F.B.I.

—Has liquidado lo mejor de mi circo, Mickey. Busey no solo era la máxima atracción, sino también mi hombre de confianza.

El G-Men no respondió.

Estaba contemplando a Ronald.

Al joven Weston que descendía torpemente del Pontiac. Avanzó hacia el grupo formado por Dempsey, Weston y Warden.

Ronald no llevaba las manoplas.

Sus dos muñones eran visibles. Estremecedoramente visibles bajo los faros del auto.

—¡Vuelve al coche, Ronald!

El muchacho hizo caso omiso a la orden de su padre.

Su mirada, aquellos ojos de infrahumano brillo, fija en Dempsey.

—¿Qué hacemos con Chuck? — interrogó Warden.

Doug Weston esbozó una sonrisa.

Sin dejar de encañonar a Dempsey con una automática Walter.

—Le dejaremos aquí. La bala fue disparada por el revólver de Dempsey. El arma de un agente del F.B.I.

Un tiroteo entre ambos. Que investiguen. Ni Chuck ni Mickey podrán hablar.

—No seas iluso, Doug — dijo Dempsey, con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir—. Estamos tras de ti. Aunque encuentren mi cadáver junto al de Chuck, las investigaciones se centrarán sobre ti.

—Lo sé, Mickey. Estoy al corriente. Tu bella compañera Brenda me ha informado de todo.

Dempsey forzó una sonrisa.

—¿Brenda agente del F.B.I.?

—No trates de negarlo. Ella misma ha confesado. No la culpes, Mickey. Ni tú hubieras resistido la proximidad de Lydian.

—¿Qué le has hecho? — palideció Dempsey.

—Aún está con vida, pero por poco tiempo. Brenda, después de la función de hoy, interceptó un mensaje de la Mafia. Una orden para que liquidara a Steve Feldman. Al todopoderoso fundador de la Feldman Company de El Paso. Phillips le descubrió espiando. Al principio negó, pero ante la proximidad de Lydian terminó por confesarlo todo. Y sé que el F.B.I, está dando palos de ciego. Investiga en el Circo del Horror, pero... ¿contra quién? Ahí dejo un culpable: Chuck Busey. Por supuesto que continuaran las pesquisas, aunque con nulo resultado. Nos Creímos libres de toda sospecha.

Fue un error. En Heston City ya empezamos a tomar precauciones. La desaparición de Jessica Connor no será considerada como tal. Ken, simulando una voz femenina, telefoneó al banquero haciéndose pasar por Jessica. También... Aparta, Ronald... ¡Apártate!

Ronald se había interpuesto en la línea de fuego.

Delante de Dempsey.

Tendiendo sus muñones hacia el G-Men. Con gesto amenazador.

Y Mickey Dempsey actuó.

Adelantándose al ataque.

Se abalanzó sobre Ronald empujándole contra Phillips Warden.

—¡No dispares, Phillips!

La orden de Doug Weston no fue obedecida.

Warden sí disparó.

Alcanzó de lleno en la cabeza de Ronald. La bala le perforó la nuca saliendo por el ojo izquierdo.

Phillips Warden, aturdido, quiso rectificar el error; pero ya el agente del F.B.I, le aplicaba sendos golpes de karate. El primero de ellos para desarmarle. El segundo para enviarle al Más Allá.

Sí.

Warden recibió el brutal impacto en la carótida. El nervio simpático repercutió en su corazón originando la muerte instantánea.

Mickey Dempsey no se detuvo a considerar las consecuencias de su golpe. Consciente del peligro se arrojó sobre el arma de Warden girando con rapidez. Encañonando a Doug Weston.

El G-Men parpadeó.

Perplejo.

Doug Weston había soltado la Walther para abrazarse al cadáver de su hijo. Apretando contra su pecho la ensangrentada cabeza de Ronald.

—¡En pie, Doug!

Weston alzó la mirada.

Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos.

—Está muerto... Ronald está muerto...

—Sí, Doug. Ya todo ha terminado para ti. Afortunadamente en Texas sigue en vigor la pena de muerte.

—Tú no puedes comprenderlo... Todo lo hice por Ronald. Él era lo único que me importaba. La maldición de los Wudys le alcanzó. Los Wudys... los brujos de la Selva Roja. Conseguí rescatar a Ronald, pero ya le habían transformado en uno de ellos. Le amputaron las manos y la lengua para que no revelara los secretos de los Wudys; sin embargo no tardé en descubrirlo. Habían convertido a Ronald en caníbal. Periódicamente necesitaba carne humana para sobrevivir... el corazón de una mujer joven... los ojos... el hígado...

Mickey Dempsey sintió un frío sudor bañar su cuerpo.

Un estremecimiento que le hizo flaquear las rodillas. Su diestra tembló.

—No... no es cierto... ¡Mientes!

—¿Cómo curar a mí Ronald? Ni los mejores psiquiatras del mundo podían contra el hechizo de los Wudys — prosiguió Weston, ajeno a las palabras del G-Men—. La Mafia... ellos me ayudaron... Me descubrieron cuando acababa de matar a una call-girl para alimentar a Ronald. Les conté mi aterrador secreto y se decidió el pacto. El Circo del Horror. El tráfico de drogas resultaba sencillo. ¿Cómo registrar la vitrina de las serpientes? ¿El foso de las ratas?... En un doble fondo se escondían la droga cuando era necesario su traslado. Los asesinatos de Warren Colman, Edward Fisher, Curtir Berger... Todos ordenados por la Mafia. Phillips se encargaba de ejecutarlos. Phillips... su maldad le convertía en el más monstruoso de los componentes del circo. Su sadismo... sí... disfrutaba matando...

—Las muchachas desaparecidas... las treinta y dos muchachas desaparecidas — murmuró Dempsey, horrorizado —. ¿No era trata de blancas?

—¿Treinta y dos? Son muchas más... muchas más... cada semana... Ronald aullaba en demanda de carne humana... Todas esas muchachas eran para mi Ronald... Sus despojos eran devorados posteriormente por los animales de la menagerie... Así se borraba todo rastro.

Dempsey se abalanzó sobre el individuo.

—¿Dónde está Brenda? ¿Qué ha sido de ella?

—La deje al cuidado de Ken.

—¡Maldito hijo de perra! Si algo le ha ocurrido...

—Ya estará muerta, Mickey. Esa fue la orden que di a Ken. Y me obedece como un perro. El y Chuck. Mis dos fieles perros. Ellos disfrutaban de las muchachas antes de que fueran entregadas a Ronald.

—¡Mientes, maldito!... ¡Mientes!

Mickey Dempsey, ciego de ira y horror, descargó el cañón del arma sobre el rostro de Weston.

Con las facciones desencajadas.

Gritando desesperado.

—¡Mientes!... ¡Mientes!

# EPILOGO

Norman Wallach le dirigió una severa mirada.

—¿Qué haces aquí, Dempsey? Le ordené que no se presentara antes de los quince días. Mickey Dempsey se había acomodado en el sillón situado frente a la mesa escritorio.

—Estos cinco días de reposo no han sido beneficiosos para mí, señor. Me he aislado en mi apartamento. Sin salir. Necesito actuar.

Wallach asintió reclinándose en el sillón giratorio.

—De acuerdo, muchacho. Tal vez fue un error proporcionarle esos días de vacaciones. Puede que tenga algo para usted.

—¿Relacionado con...?

—No, Dempsey. Un equipo especial se ha dedicado al Circo del Horror. Creí que lo había leído en la prensa.

—Me he aislado por completo.

—Pues bien, Dempsey. La muerte de Brenda Sharp no ha sido en vano. Gracias a ella y a usted se ha aniquilado a la más siniestra y demoníaca organización de la historia del crimen. Sólo un reducido número de los componentes del circo estaban implicados. De los... artistas, únicamente Ken Jeffries y Chuck Busey. Los demás, con toda su deformidad, eran menos monstruosos que Doug Weston, Ronald, Warden... y otros elementos que colaboraban con Doug Weston siguiendo las órdenes de la Mafia. La Justicia será implacable con todos ellos. También han caído los peces gordos de la Graver & Previts. Weston ha confesado precisamente nombres de altos cargos del Sindicato. Afortunadamente no nos presentó un cadáver. Weston sólo tiene la cabeza magullada.

—Reconozco que me dominó la ira. Reaccioné a tiempo. Cuando me presenté con Weston en Kempsville aún creía poder salvar a Brenda. El sheriff McEnery colaboró eficazmente.

—Cierto. Se le ha cursado una felicitación oficial. Mientras usted trataba de alcanzar al convoy, el sheriff acordonó las zonas de Kempsville alertando a las poblaciones cercanas. Desgraciadamente Brenda ya estaba muerta.

—Al menos no le dimos tiempo de... desembarazarse del cadáver. Brenda reposará en una tumba.

—Oiga, Dempsey... ¿no se ha preguntado cómo fue localizado por Weston? Según su declaración fue guiado por su hijo Ronald. Parece poseer un sexto sentido. Podía descubrir a un enemigo con solo mirarle a los ojos.

—Ahora comprendo por qué me atacó en la roulotte.

—Pues fue el olfato de Ronald quien le llevó hasta donde se encontraba con Busey. Bueno, maldita sea...

—Norman Wallach golpeó la mesa—. El caso ya está archivado, muchacho. Y hay otros por solucionar. Le espero mañana en el despacho del fiscal general. A las nueve.

—Allí estaré, señor.
—Es mucho el trabajo que nos queda por realizar, pero no cesaremos en nuestra lucha contra el mal. Si uno de nuestros compañeros es abatido, lejos de dominamos el desánimo actuaremos con más ímpetu. Ese es el comportamiento de un agente del Federal Bureau of Investigation.
Mickey Dempsey esbozó una sonrisa.
Abandonó el despacho.
En la antesala estaba Judith, la secretaria particular de Wallach.
Alisando el ceñido jersey que presionaba al máximo sus opulentos senos. No llevaba sujetador. Dos pequeños y provocativos salientes lo delataban. Del perchero tomó un bolso que colocó sobre el hombro izquierdo
—¿Puedo pedirte un favor, Mickey?
Dempsey encendió un cigarrillo.
—Seguro.
—¿Por qué no me invitas a cenar en tu apartamento?
El G-Men se atragantó.
Apartó el cigarrillo tosiendo repetidamente.
—¿En mi apartamento?
—Eso he dicho — sonrió Judith, colgándose del brazo del agente—. Cualquier cosa.
Podemos comprar un pollo frío y una botella de champán. Una velada sencilla.
Caminaron por uno de los anchos corredores del edificio.
Pasaron al elevador.
—¿No me respondes, Mickey?
—¡Infiernos, Judith! ¡Llevo siglos intentando llevarte a mí apartamento!
—Ya lo has conseguido.
Judith estaba muy próxima.
Demasiado.
En especial aquellos labios húmedos y gordezuelos que se ofrecían entreabiertos.
Mickey Dempsey los selló en apasionado beso. Se separaron cuando el ascensor se detuvo en la planta baja.
Judith estaba como la grana Jadeante.
Su diestra acarició los labios.
—Me... me has dejado sin respiración...
—También tú, Judith. ¡Será una cena inolvidable! Ven... tengo aquí el auto.
—Tranquilo, Mickey. Aún falta un par de horas para que empiece el programa.
El G-Men quedó inmóvil.
Con la portezuela del auto entreabierta.
—¿Programa? ¿Qué programa?
—¡La Noche del Martes! Mi programa favorito de televisión. No me lo

perdería por nada del mundo. Mi televisor está averiado y pensé que tú...

—Yo no tengo televisor, Judith. Lo arrojé a la basura, el primer día que llegué al apartamento.

—¿No... no tienes?

—No.

Se miraron a los ojos.

Intensamente.

Judith volvió a pasar la yema de los dedos por sus gordezuelos labios.

Rememorando el beso recibido.

Un malicioso mohín asomó a su rostro.

—Oye, Mickey... ¿por qué no organizamos nuestra propia noche del martes?

Rieron al introducirse en el vehículo.

La primera risa de Mickey Dempsey en cinco días.

El primer paso para intentar olvidar la alucinante aventura vivida en el Circo del Horror.

**FIN**